

DÉCIMA PARTE  
JUVENTUD. MOSCÚ. CRIMEA. MOSCÚ

CAPÍTULO I

LLEGADA A CASA. EL LICEO DE BRIUJONENKO, JUNTO CON MARINA. LOS PROFESORES Y LAS COMPAÑERAS

Los caftanes azules de los cocheros, el estrépito de las ruedas sobre los guijarros, la serie de encuentros con las casas, la alegría inagotable de cada año: ¡entramos de nuevo en Moscú! Un giro, el último, y, en Triojprudni, en el brillo de los ojos se cuele la casa marrón, el número 8: de madera, familiar, nuestra, con su álamo plateado, con el aguacero redondo derramándose de sus ramas color ceniza, la techumbre que se alarga hasta el centro de la travesía.

Y en la última ventana, el susurro de las hojas de un cuaderno insomne, el susurro de las rimas que reviven por la noche en los 18 años de Marina sobre la mesa, bajo el retrato de Napoleón...

La vieja casa nos recibe como siempre, con el mismo olor a polvo, a naftalina, al verano cerrado, con el chirrido de las puertas de la entrada de servicio —me parece que reconocería su nota lastimera también «en el otro mundo»—, con el golpeteo de los postigos que despiertan las habitaciones después de un largo sueño, con el golpe de las cosas al ser llevadas dentro, con las campanillas, las voces y, por fin, el murmullo del samovar cantarín, que reina en la misma plancha de cobre sobre su mesita auxiliar.

En el camino la conversación es más viva y amistosa que nunca; el trato, íntimo; todavía conservan el tono de campamento gitano de viaje, la pena por las separaciones, la alegría del reencuentro, el vino sin sedimentar del viaje..., y mañana todo se alzarán en los lugares de las costumbres y de las preferencias. Por las habitaciones de arriba se ocultan, ya reanimadas, la plata zumbona de la mandolina por aquí, el balbuceo de una línea en verso, de la rima buscada que no encaja en el ritmo por acá, la pluma que se desliza corriendo por la página de un diario por allá.

Una vez acabada la cena, mi padre se marcha a su despacho, nos canta un fragmento de una melodía que conocemos desde pequeños, incomprendible excepto para él, ninguno de nosotros seríamos capaces de repetirla, pero todos la conocemos... Repitiendo durante décadas, de forma inconsciente, el salto del ejercicio vocal calmo de su primera mujer, un salto sonoro que al momento se apagaba en el silencio. La compasión aguda por papá, recatada y difícil de expresar.

El samovar ya se ha calmado. Estirándose, uno de nosotros es el primero en levantarse; detrás vamos todos.

Me quedo dormida. Y por la ventana, por entre las ramas del álamo, se cuele la luna.

Marina estudiaba en el liceo Briujonenko, en Málaia Kislovka, y aquí entré yo en otoño. Desde el primer día, como coincidíamos en los descansos, paseábamos juntas por la sala de recreo, bajo el alto techo de molduras. Que dos hermanas, la mayor y la menor, esquivando a las amigas, sin contar con la clase, estuvieran juntas día tras día era algo que no solía darse. Ambas con gafas, de pelo castaño claro; Marina se lo recogía como un adulto, sobre la frente, robusta, más alta que la media; yo, más pequeña y delgada, con el pelo rizado hasta los hombros, pero —como un caballo de la misma «raza»—, la misma sonrisa, los mismos ojos, la

misma risa, la misma voz: con nuestro parecido y nuestro empeño en andar juntas atrajimos la atención del liceo.

La directora, María Gustávovna Briujonenko, grande, gorda, buena, de mediana edad, contrastaba ostensiblemente con su marido Alexandr Nikoláievich, más joven que ella, de pelo rojo, de barba roja (una barbita fina). Vestía el uniforme de su rango; era sonrosado, alegre, y sentía un entusiasmo extraordinario por su asignatura: la Historia Natural. Muy pronto reparó en mi grandísima indiferencia por ésta y me tomaba el pelo, quizá temiendo mi influencia sobre la clase. En vano —yo ya no buscaba ser aceptada, como hacía con tanto ardor dos o tres años antes, y no hablaba en profundidad casi con nadie—. Mis amigas recibían dóciles sus apasionadas clases, disfrutaban de los experimentos de física y —lo que me extrañaba aún más— de las fórmulas de una química que a mí me aburría, tanto como yo de los versos. Una vez, en clase (al verme enfrascada en un libro que no era un manual), Alexandr Nikoláievich dijo señalándome: «Por supuesto, a la señora Tsvietáieva (sí, ¡nos llamaban así!) mis palabras le parecen prosaicas —¡encima sobre estrellas!—, pero aun así le diré que las estrellas, al caer, *friccionan* el aire como una cerilla la cajetilla!».

Nuestro profesor de lengua rusa era Yuri Alexéievich Veselovski, hijo de «ese famoso Veselovski».<sup>134</sup> Su aspecto recordaba un poco a la figura de un rey en un naípe, pelo castaño, afable, con el don de la palabra. Es posible que no hubiera encontrado a la primera el tono necesario para «esa edad», y por eso quizá fuera demasiado «considerado y ceremonioso» con nosotras, todavía unas niñas. Sus clases tenían un tinte de clase magistral. Pero en sus preguntas y en su meditada escucha de las respuestas emanaba para

---

134. Alexéi Nikoláievich Veselovski (1843-1918), crítico literario y profesor de la Universidad de Moscú, especialista en literatura occidental.

nosotras una responsabilidad incierta, que nos daba frío y un poco de miedo. El corazón quiere volver atrás, ¡a esos impetuosos años en que el castigo acechaba tras las esquinas y tú ibas provocándolo! Castigo ninguno. Sólo la mirada clara del maestro escuchándote atento.

El tercero que ha quedado en mi memoria es el matemático Vladímir Vasílievich Gólubev. Joven, sin barba, sin bigote, muy alto y muy delgado, tan fino dentro de su uniforme que le serviría a Hoffmann para un cuento. Era sarcástico, muy pálido, y sus ojos oscuros bajo las gafas habrían sido bonitos de no haber sido —así nos parecía de jóvenes— malos. Que sólo le gustaban el álgebra y la geometría y que con sus gafas contemplaba al mundo y a nosotras, esto es algo que estaba claro. Era despiadado, estaba lleno de ironía. Afectadamente cortés. Esa afectación mataba. Planteaba un teorema como si estuviera pasando un buril por un objeto de plata o de cobre, y aguardaba malicioso las preguntas. Que no llegaban. Algunas apenas *intentaban* alcanzar la senda de su brillante lógica; otras, más discretas, ni siquiera tomaban ese peligroso camino... y en un silencio doloroso caía su voz, en la que había algo, algo de pena, de cansancio por sentirse solo entre nosotras.

Esa lejanía indiferente con la que, después de años estudiando en casa, llegué a los últimos cursos de un liceo nuevo me impide recordar con claridad a muchas de mis coetáneas, mientras que las amigas del liceo Potótskaia están ávidamente frescas en mi memoria. Recuerdo a las hermanas Hechtman, Lena y Berta, de cara parecida: nariz aguileña y ojos claros, muy diferentes. Lena era como un *setter* joven: traviesa, viva, las trenzas rubias volaban alrededor de sus hombros delgaditos; ella sonreía, te miraba atenta y amistosa, con timidez buscaba el acercamiento. Berta era racional, hacendosa, hablaba menos que su hermana. Y era muy buena estudiante de ciencias exactas. Recuerdo a dos

más: Nina Murzo y Tania Turguéneva. Nina, desprovista de poses, era abierta, tenía sentido del humor: sin entrar en las zozobras de la juventud, tomaba de ella sólo la alegría y la claridad, algo que me atraía. Respondía a las cuestiones de justicia en la vida escolar sin sentir atracción por el mal. Era ajena a cualquier complicación superflua de la vida. Siempre estaba dispuesta a ayudar, haciéndolo con sencillez y gracia. Nina Murzo sirvió de puente para acercarme a mi hermano Andréi. Con su entrada en nuestra casa empezó una nueva era: mis amigas... conociendo a Andréi, éste mirándome ya como casi a una joven. Nina era guapa, encantadora, de piel morena; había algo oriental en su óvalo alargado, en sus grandes ojos oscuros de párpados caídos, los semicírculos de sus cejas, negras, raya en medio del pelo negro. Nina, como salida de una ilustración de cuentos orientales con su azoramiento en casa ajena, tenía todas las posibilidades de gustar a Andréi y cuando, sentada al piano, empezó a cantar y el sonido de su voz clara —había metal en ella— llenó la sala y la casa, Andréi no se fue, se quedó escuchando, la elogió, se quedó cortado. «Se alza una torre maravillosa» fue la primera canción que cantó en nuestra casa Nina (futura cantante).

En mi clase estudiaba la menor de las tres hermanas Turguéneva; la mediana de ellas, Asia, despertó el interés de Marina cuando la conoció en un círculo literario. La menor se llamaba Tania. Era una niña-muchacha de 16 años, rostro delicado de porcelana enmarcado en cabellos castaño claro dorados, voluminosos, rizados; las ondas le caían sobre los hombros; ojos azules y transparentes, rubor suave en las mejillas: un grabado inglés. Tania se reía mucho. Su risa y su burla se preparaban para en un futuro (¡cercano!) cautivar... a muchos. Yo la admiraba, pero no llegó a entrar en mi corazón. Tenía algo bucólico, emanaba todo eso que yo desconocía —desde el día en que murió mi madre—,

emanaba felicidad. Nuestros encuentros eran superficiales, la conversación no llegaba muy lejos; a mí me parecía que yo no le gustaba, que todo lo que suponía fervor en mi vida, ella lo despachaba con un movimiento despreocupado de manos. Cuando alguien entraba en el corazón de Marina, ésta lo rodeaba con nubes de propiedades que ella le había imaginado y no permitía que se aludiera ya no sólo a la persona que ahora le pertenecía, sino siquiera a las nubes de su admiración: *Amour bleu* ! ¡A cuántos habrá envuelto así por su juventud!

«Sólo sombras» es el nombre que dio a una parte de su primer libro de poemas. La rodeaban desde la infancia. Por ellas pasaron dos compañeros de viaje que, así lo quiso el destino, se adentraron en nuestra casa: Ellis, Nilénder; y los dos se convirtieron en sombras. Por las tardes, ella andaba con las sombras en la sala. Al conocer a Asia Turguéneva, no se separaba de su imagen, profundamente atrayente, en realidad.

Una de esas tardes entré a casa de vuelta de la pista de patinaje y, sin haber llegado a oír las voces, sólo con aspirar el aire (como esa tarde en que vi por primera vez a Nilénder en nuestra casa) comprendí que había alguien de fuera. Oía a cigarrillos desconocidos (a los de Marina estaba acostumbrada). Al pasar a la sala, vi una chispa. También relumbró el gas, como una luciérnaga dorada. Flotaban ondas del humo de los cigarrillos y —muy parcamente— se oía una conversación (está descrita en las memorias de Marina).

—Asia, ven que te presento: Asia Turguéneva. Y ésta es mi hermana Asia.

De la penumbra de la sala hasta un rayo oblicuo de luz que llegaba desde el comedor, se tendió una mano de mujer, fresca, delgada, ligera; estrecha la mía con indiferencia. Y entonces, en la antepuerta del rayo de luz, distinguí la palidez de un rostro, una aureola de rizos y unos grandes ojos

claros. El mismo grabado inglés que su hermana, pero más maduro y más marcado y frío. Más imperioso. Fascinación, ¡sí! La sentí enseguida —no por mí misma, sino con eso que llaman *gusto*. Y, apartándome, me fui a mi habitación para no molestar, pues sabía cuán acalorado era para Marina cada instante con esa visita fría (cuántas fuerzas gastó Marina para que esa sombra entrara en nuestra casa...).

Al enterarse de que Tania, que vivía cerca, pasaba a veces a buscarme para ir juntas al liceo, Marina empezó a intentar averiguar cosas de Asia a través de mí. Me preguntaba si era amiga de Tania, cómo era, qué contaba de su familia, de sus hermanas.

Yo, riéndome, destronaba a Tania, sin decidirme a tocar... eso. Pero el saber secreto me permitió entender que en las relaciones de Marina y Asia Turguéneva había un sujeto pasivo —Marina— y uno que menospreciaba —Asia—. En su semblante orgulloso, en su «dejo que me adores» me disgustaba el papel de Marina...

El museo nuevo exigía ya *todas* las fuerzas de papá. Pero era una labor desinteresada, y había sido despedido de su puesto principal *sin pensión* en la vejez... Tocaba vivir de la remuneración de las clases en la universidad. «Estoy arruinado», escribió mi padre a alguien muy brevemente, seguido de un largo informe sobre los quehaceres en el museo nuevo, nuestro «colosal hermano pequeño», como lo solíamos llamar nosotras. Cada día que pasaba, veíamos como papá envejecía. Y el trabajo en el museo no hacía más que crecer.

Y, entonces, ese otoño que regresamos del extranjero, Lidia Alexándrovna acudió a Marina y a mí con una conversación importante sobre papá. En ella se reflejó su sufrimiento de muchos años por la desorganización doméstica de papá, por la salud quebrantada por culpa del acoso del ministro

Schwarz; se quedaría completamente solo cuando nosotras voláramos del nido paterno: papá y Andréi no tenían una relación muy cercana, aparte de que quizá Andréi se casara. Liora no vivía en casa. ¿Qué le aguardaba a nuestro padre? El museo seguía sin abrirse, y papá, enfermo, se afanaba más allá de sus fuerzas. En su opinión, nuestro padre necesitaba —y al oírlo estuvimos de acuerdo con ella— una persona, no una a sueldo (no un ama de llaves), que de forma permanente se ocupara de su salud, de su régimen, que lo cuidara, que vigilara su tratamiento. Y ella había encontrado a una persona así, a una amiga de sus tiempos de instituto, Lidia Dmítrievna F\*aiia, una mujer de mediana edad y acomodada (lo que era importante para que nadie pudiera albergar sospechas de que tenía algún interés material).

—Es vuestro deber ayudarme en este asunto —nos dijo la Dragona—, vosotros la conocéis y os gustará. Vosotras a ella ya le gustáis, os ha visto en mi casa. Solo necesita una cosa: disposición.

Se dispuso que nos conociéramos más. Nos acostumbramos a ella enseguida, incluso le tomamos cariño; frecuentábamos mucho su casa. Nos trataba con franqueza. Su carácter alegre no nos prometía un deterioro en nuestra libertad. Y luego tuvo lugar esa conversación, la de Lidia Alexándrovna con papá. Sabiendo de su modestia y de su carácter espartano, se puso a asegurarle que el matrimonio era imprescindible para nosotras, claro. Creo que dijo esto:

—Es su deber para con sus hijas. Tienen 16 y 18 años, necesitan supervisión y consejos, están en una edad... En casa habrá una persona que se ocupe de la economía, que sepa recibir a los invitados, que mantenga el orden. Quizá tengan que dejarse ver en sociedad, con ella será posible.

Y, suspirando, papá dio su conformidad. Ya se habían marcado los plazos para las formalidades imprescindibles civiles y religiosas cuando papá le dio a Lidia Dmítrievna



una invitación para el tío Mitia. Comprendimos lo que eso significaba: durante su visita nosotras nos plantamos como dos «pajes» junto a su «dama», sintiendo cuán alarmados y hostiles recelaban el tío Mitia y su mujer. La tarde fue, en apariencia, agradable. Lidia Dmítrievna resplandecía con sus brillantes y pieles, agraviada por la inspección a la que era sometida, agradecida a nosotras por nuestra amistad. La ofensiva contra papá *después* de esa tarde se volvió más intensa por parte de sus parientes (¿puede que también los Ilovaiski? De los Dobrotvorski no me arriesgaré a decirlo, pues recuerdo que a ellos les afligía la falta de organización de mi padre). Se me invitó a casa del tío Mitia (no se decidieron a llamar a Marina: les pareció que yo, a mi edad, era más fácil de conquistar). Aguanté el chaparrón, pues junto con Marina había decidido de antemano mi comportamiento: respondí que papá *necesitaba* unos cuidados que nosotras no éramos capaces de darle y que Lidia Dmítrievna era una bellísima persona. Me tildaron de niña tonta que había caído bajo los encantos de una aventurera. Presintiendo una desgracia, nos acercamos aún más a Lidia Dmítrievna, pobre... en su riqueza. La ofensiva de los parientes acabó en victoria: papá tuvo que enviar sus disculpas y su negativa a Lidia Dmítrievna. Alegó su edad, su enfermedad, sus muchas ocupaciones, pidió que le perdonara por la situación tan embarazosa que había creado. Lidia Dmítrievna lo soportó con mucha dignidad, pero a nosotras nos costaba mirarla. No la abandonamos. Y papá se quedó como antes, sin los cuidados de una persona adulta y cercana.

## CAPÍTULO II

### FUNERALES DE LEV TOLSTÓI

Y ahora es el momento de contar un acontecimiento ocu-

rrido en el otoño de 1910, el final de Lev Tolstói y cómo nos escapamos de casa para ir a su entierro con todos los jóvenes.

¡Cuánto se habrá escrito en todo el mundo sobre esos días! ¿Qué es lo que recuerdo de ellos? Unos días parecidos a esos de Yalta en 1905-1906, cuando aguardábamos con ansiedad las noticias de la rebelión en Moscú, de los nuestros. Una noticia que, en otoño de 1910, atravesó como una flecha toda Rusia, todo el globo terráqueo.

Lev Tolstói se había ido de casa, de Yásnaia Poliana, la había abandonado, solo con un morral..., y había desaparecido.

Y después, unos días después, otra noticia, aún más terrible: Lev Tolstói estaba enfermo y yacía en una estación, en una pequeña casita de una estación... Periódicos —boletines sobre su salud—, conmoción de todo el mundo: sólo se hablaba de qué ocurría con Tolstói. En la calle los desconocidos se preguntaban: ¿ha oído algo nuevo? ¿Hay novedades? Alarma, habladurías, juicio a su mujer, Sofia Andréievna... Y una tercera, una última noticia: ¡Lev Tolstói ha muerto!

Entonces toda Moscú se pone en pie: ¡va a su entierro! Tranvías repletos o ¿detenidos? Multitudes. Manifestaciones estudiantiles. Gritos: «¡Fuera la pena de muerte!» (es una de las exigencias que Lev Tolstói le hacía al gobierno. Se convierte en la consigna del día). Las calles se cierran. Se rumorea que van a enviar a los cosacos. Papá nos prohíbe movernos, ir a cualquier sitio: puede haber desórdenes, disparos. Se puede perder la vida y ¿para qué? ¿Qué se va a conseguir? Tirarse de cabeza en medio de una multitud tan heterogénea, puede haber provocadores...

Nos miramos rápida, imperceptiblemente: no vamos a convencer a papá. (Él tampoco a nosotras). Liora no estaba (¿quizá ella hubiera afrontado las negociaciones con papá?). No nos queda otra. Nos daba pena papá: iba a preocuparse

por nosotras. Pero no nos iba a pasar nada, teníamos un firme sentimiento: ¿acaso podían hacerlo, podían matarnos? Qué absurdo. Claro que no. Íbamos a vivir, así que papá se preocupa por error. ¡*Regresaremos* a casa! Pero ¿cómo hacer para que no se note nuestra marcha? ¿Esperaríamos a que papá se fuera? ¿O nos sentaríamos a estudiar? Era más seguro lo último. Después corrimos al vestíbulo, con la rapidez de un rayo nos pusimos los abrigos de piel (estaba helando, ¡era noviembre!), los gorros y yo ya iba a calzarme sobre los zapatos ligeros —para el frío— los primeros chanclos o botas que encontrara cuando oímos un ruido en el despacho. Salimos disparadas hacia la entrada de servicio y, una vez fuera, prestamos atención. Nada. Así que por la tierra —para no hacer ruido en las pasarelas— hasta el portón. Marina llevaba botas, ¿y si no llegábamos al entierro por culpa de los chanclos? Ya estábamos corriendo por la travesía.

Todavía pasamos un momento por casa de los Prostakov, los inquilinos que ocupaban el antiguo ala de Liora, y a cuenta del pago de la habitación les pedimos treinta rublos. Con esa cantidad en el bolsillo volamos por Triojprudni; los pies me dolían de frío, pero la alegría por nuestra buena suerte y la emoción por si entraríamos en el tren nos distraía y nos daba alas. El día daba paso a la tarde. Cuando alcanzamos la plaza de la estación ya era muy difícil cruzarla. Una multitud rodeaba la estación. Todos gritaban. Se veían de cuando en cuando los capotes de los municipales. Hacían retroceder a la gente. ¡De milagro logramos abrirnos paso hasta la estación! Y de aquí, de aquí salía el *último* tren en dirección a la estación de Kozlova Záseka cerca de Tula<sup>135</sup> (donde esperaban el ataúd con el cuerpo de Lev Nikoláievich). Corrimos de taquilla en taquilla con desesperación: gente por todas

---

135. N. de la A. A unas pocas verstas de Yásnaia Poliana.

partes. De pronto Marina dio con una cara conocida: una muchacha de su edad se abrió paso en su dirección. Detrás, un estudiante pálido con aire de desconcierto.

—¡No nos llega el dinero! —gritaban desolados—. ¡Sólo se puede llegar a Záséka con billetes de primera clase! ¡Los de segunda están todos vendidos! Los billetes cuestan doce rublos, y entre los dos tenemos... ¡veinte!

—¡Nosotras treinta! —dijo Marina alborozada—. Si lo juntamos, ¡hay suficiente!

—¡Bien! —gritó el estudiante pálido.

—¡Sashka, corre! ¡Toma...! —lo apremió, asustada por si nos retrasábamos, la amiga de Marina (de alguno de sus anteriores liceos).

Le soltamos el dinero, hicimos cuentas: ¡nos quedaban dos rublos! Cómo regresaríamos los cuatro, cómo íbamos a viajar con solo un poco de pan..., ¡nada de eso importaba!

—¡Cómpralos! ¡Un compartimento! ¡Que sea entero para ir juntos! —la muchacha daba recomendaciones al estudiante, pero éste ya había desaparecido camino de la taquilla.

—Sashka Kabánov es un chico fantástico —dijo encantada—. ¡Asunto arreglado! ¡Qué maravilla haberos encontrado! ¡Porque no habríamos llegado! Un acontecimiento así, ¡universal! ¡Qué pérdida! Ser ruso, estar cerca... y ¡no ir al entierro...! Es un deber para todos. ¿Os han dejado ir? ¡Qué bien!

—¡Sí, nos han dejado! —se sonrió Marina—. Nosotras...

Media hora después, tras cruzar la estación con mucho esfuerzo, estábamos subidos en el tren. Por primera vez viajábamos en los asientos rojos de felpa de la primera clase, apenas reparando en ellos por la emoción, ya que ¡lo habíamos logrado! ¡Estábamos yendo! ¡Veríamos por primera (y última) vez a Lev Tolstói! ¡Al héroe! Atormentado por el poder, excluido de la iglesia porque quería pensar a su manera, ¡predicaba creyendo en Dios a su manera! Y, mientras,

en casa, su mujer, ¡esa Sofía Andréievna que envenenaba la vida del genio! ¡Él se había ido! ¡Al menos morir lejos de casa! El tren se desplazaba por la negra noche sacudiendo tanto los vagones como si en verdad fuera rápido. Sasha Kábánov, al enterarse de que Marina era poeta, que tenía una antología de poemas, estaba increíblemente entusiasmado. Lanzaba a Marina miradas idolatradas, completamente limpias de cualquier sombra de enamoramiento, llenas sólo de admiración. ¡Cuántos jóvenes así había en esos tiempos! Los barría por la vida su entusiasta sed de adoración y hazañas, de servicio, ¡de entregarse! Con qué desprecio estigmatizaban a los fatuos y a los estudiantes ricos que iban de punta en blanco y encontraban placer en la vida sólo con los bienes terrenales, el aspecto físico y el dinero.

La estación de Kozlova Záséka. La noche. Hogueras encendidas. Tengo los pies congeladísimos. Marina siente lástima por mí: ella lleva un calzado más gordo, pero en mis zapatos ligeros el pie está... como dentro del hielo. Alcanzo las hogueras intentando no despistarme de los míos. Los estudiantes organizan cadenas intentando mantener el orden entre una multitud que oscila de forma aleatoria; se entonan canciones revolucionarias. La noche acaba de empezar. Se espera el tren con el cuerpo de Lev Nikoláievich. Este nombre está en boca de todos. Nadie dice «Tolstói». Decirlo ahora parece una grosería. Cálidos y respetuosos suenan el nombre y el patronímico del difunto. Como si siguiera con nosotros. Así estamos más cerca de él. Pero ¡cuánto tiempo! ¡Qué frío! Justo antes del amanecer hace más frío todavía. La espera agota. Infructuosamente, golpeo un pie contra el otro: ninguno entra en calor. El cansancio empieza a aparecer. La noche sin dormir y con tanta inquietud, con un trozo de pan por cabeza, sin bebida, una simple hora parece superior a nuestras fuerzas. Estaría bien echarse y... Pero entonces la multitud se altera, un rumor, voces que van pa-

sando la nueva: ¡llega el tren! Las cadenas se han estrechado; los estudiantes intentan por todos los medios contener a la multitud; a lo lejos se oye un ruido, aumenta; en el andén de la estación de Zásaka, aclarada, con luces en la mañana descolorida, resoplando, se detiene el tren. Los hombres se descubren la cabeza.

De la multitud sale una mujer gruesa, «gris», mayor, vestida de negro, da un paso al frente, dejar caer algo, se inclina y con voz temblorosa (nos parece completamente falsa): «*Su bastón...*». Nosotras (hemos conseguido colarnos en las filas delanteras), los que lo vemos, ardemos con una llama blanca de desprecio. Puede respirarse. «¡Qué jugada tan baja...!»; pensamos con firmeza.

Si me hubieran dicho entonces que, pasadas unas décadas, iba a llorar por las noches con el diario de esa mujer, alucinada por la crueldad de Lev Nikoláievich, cuyos restos ahora aguardamos con un sentimiento parecido a... la apoteosis.

Despacio, paso a paso y hora tras hora, anduvimos por los caminos de Yásnaia Poliana, por las rodadas heladas, detrás del ataúd, y entramos al parque y aquí, congelándonos (apenas sentía ya los pies con nódulos helados en los zapatos), aún más despacio avanzamos hacia la casa por las alamedas desnudas. Después metieron el ataúd en la casa. Salió alguien. Informaron de que primero se despedirían del difunto los suyos, luego dejarían pasar a los campesinos. Y todos los demás irían después. Hubo un instante en el que estuve dispuesta a echarme a llorar, tanto me dolían los pies y tan pocas fuerzas me quedaban. Marina decidió entrar en la casa, decir nuestro apellido y pedir dinero para el camino de vuelta. A Sasha Kabánov y a su compañera hacía tiempo que los habíamos perdido. Pero no podíamos marcharnos sin mostrar nuestros respetos a Lev Nikoláievich. Y vencimos la fatiga y el frío y aguantamos hasta nuestro turno.

Mucho después entramos en la casa, después de todos los parientes, de todos los campesinos, en una habitación baja, cuadrada. Cerca de la pared del extremo izquierdo había un ataúd en una mesa, aquí yacía en camisa blanca, muy amarillo, muy conocido, solo que más delgado, con barba blanca, Lev Nikoláievich; al pasar, muchos se santiguaban, pero en la habitación no había iconos: ¿ante él?

En esa habitación había escrito *Guerra y paz*. Había un silencio inesperado en ella, tempestuoso: guardaba silencio. ¡El que nunca callaba! Lo más extraño era que él, que siempre miraba de una manera desde los retratos, erguido cuan alto era, con mirada penetrante (los retratos de Kramskói, de Repin, de tantos), él *no* mira. ¿En su interior? Tenía los párpados caídos. Yacía cuan alto era.

Entramos, salimos. Y al verlo, decidimos que no nos íbamos a quedar al entierro. Apenas podía andar, el dolor era casi insoportable. Al encontrarnos con unos conocidos, les tomamos prestados tres rublos y, apretando los dientes, caminando por el hielo quebrado, por las rodadas, llegamos a la estación. Tiritábamos en un vagón de tercera clase, dábamos cabezadas, nos quedamos dormidas. Hambrientas y sin fuerzas, regresamos a casa. Papá no estaba. Cuando llegó, supo que estábamos en casa, dormíamos.

### CAPÍTULO III

#### EL CUARTO DE MARINA. *ÁLBUM VESPERTINO*. MAX VOLOSHIN

Ese verano de 1910 Marina dejó su habitación de arriba, de la buhardilla con estrellas doradas por el suelo rojo oscuro, y se trasladó abajo, a la antigua habitación de las criadas, posteriormente almacén, el primer cuarto desde la entrada de servicio. Justo en su puerta, en el zaguán en penumbra, estaba esa mesa en la que de pequeñas nos calentaban leche

en un hornillo de queroseno, en un cazo ancho, blanco, con venitas azules (y la leche se había quemado, débilmente, con ese olor que se volvía conocido hasta la médula pidiendo que lo quitaran).

Al otro lado de la mesa estaba la puerta pequeña, casi siempre abierta, de un pasillo oscuro que llevaba al dormitorio de papá, y que rozaba (¿en el suelo?, ¿en la pared?) al cerrarse. Otro instante: ahí estaba nuestra escalera al sota-banco, empinada, marrón, pintada al óleo, con una puerta igual de pesada, también casi siempre abierta (colgaba de unos goznes no abajo, sino varios escalones más arriba, por eso tenía pinta de ser ligera —a pesar de su peso—, no parecía una puerta).

Y también estaba, reinando entre la puerta de Marina y la escalera, sobre el zaguán angosto y en penumbra, el crujido lastimero de las puertas, dobles, abiertas y abandonadas de la entrada de servicio, que había sido el mensajero del cartero y de los conocidos de la casa que eran recibidos, de los huéspedes.

Aquí vivía ahora Marina en una habitación cuadrada de techo bajo. Ese otoño empezó nuestra afición a las plantas de interior. Recuerdo uno de los arbustos preferidos de Marina con un tronco frágil de color verde claro, escalonado y hojas puntiagudas, traslúcidas, color verde rosado con manchas plateadas. Más tarde supe que la llamaban *serdolist*, que era de la familia de las begonias.

Y había otro ser que vivía en la habitación con Marina, aparte de su gato favorito, el último de la pléyade. Este ser tenía voz dulcísima gracias a que su tubo no era de hojalata, sino de madera: por las bocinas de este tubo, marrón oscuro, se propagaban los sonidos de Glinka y las serenatas de Schubert, y otras melodías de las que manaba mamá, la infancia, el fonógrafo del abuelo; era su criatura, que había avanzado a través de una palabra un poco ya desa-



gradable..., *gramófono*, y que hablaba a voz en grito sobre «Marusia, la que se envenenó»<sup>136</sup> y vulgarizaba la una vez heroica *Dubínushka*<sup>137</sup> desde todas las ventanas.

A la fiera cantora de Marina se la llamaba con una palabra nueva y extraña: *pathéfono*, y sólo tenía un parecido lejano con su descendiente del mismo nombre, resonante, ligero, con asa, el maletín de foxtrot, charlestón y *twist*. La fiera cantaba con voz de Eolo rogando que alguien no lo sedujera, o persuadía a las oleadas de pasión para que se calmaran, y lo hacía tranquilo, como si siempre hubiera guiado su arco mágico por las cuerdas del violonchelo, y cuando la puerta de Marina estaba abierta, entonces la voz llegaba como de lejos, y el sonido era igual que el de los cantantes que cantan con la boca cerrada. Y por eso la melodía y la letra parecían salir de la profundidad de los siglos, de un pasado para siempre desaparecido, y no era un amor vivo quien se agitaba en los sonidos, sino *el recuerdo* de un amor.

En esos meses se fortalecieron las recién iniciadas amistades literarias de Marina. ¿Fue entonces cuando por primera vez le oí nombrar a Max (Maximilián Alexándrovich) Voloshin? Ella frecuentaba veladas literarias y, cuando hubo acabado el trabajo de composición de su primera antología de poemas, *Álbum vespertino*, la llevó a una imprenta.<sup>138</sup> Lo llamó así en memoria del pequeño álbum de cuero azul que la víspera de que empezara 1910 llevamos al hostel Don a

---

136. «Marusia se envenenó», canción del pianista y compositor Yákov Prigozhi. Se hizo tan popular nada más componerse en 1911 que se grabó varias veces sin citar al autor, y enseguida pasó al repertorio de canciones populares.

137. Originalmente, una canción popular que se convirtió en canción revolucionaria y en todo un símbolo del movimiento revolucionario de finales del siglo XIX y principios del XX.

138. N. de la A. A la tipografía de Mámontov. Por lo visto, Marina no quería que nadie la controlara; no llevó los poemas ni a la editorial Musageta ni a Escorpión, sino que imprimió los poemas por su cuenta.

Vladímir Ottónovich Nilénder. Tenía tres partes: «Infancia», «Amor», «Sólo sombras». Debía salir en un papel grueso, rugoso, de color tirando a crema, con tapas verde oscuro, con letras dorado oscuro para el título. De tamaño mediano, ancho.

De los apellidos de la gente con la que se veía en su círculo literario, he retenido Adamóvich, Mashkóvtsev, Jodasévich. Citaba continuamente las editoriales Musageta, Escorpión, la revista *Libra*. Marina empezaba a ser conocida entre escritores y poetas.

El que Marina no me dijera a quién esperaba —pero yo adivinaba que era Max Voloshin, a quien más de una vez había nombrado— demuestra que su llegada significaba mucho para ella. ¿Era la primera vez que venía a verla o ya había estado antes, mientras yo patinaba?

Primero sus voces se oyen abajo, vienen del salón, a veces se calman (¿se habrán ido al cuarto de estar?), después pasos que suben por la escalera, y el zumbido de su conversación me llega desde la antigua habitación de Marina. La conversación no es muy larga. Salen al estrecho paso sobre la escalera..., vienen hacia aquí, ¡a mi habitación! Las voces se abren, las palabras de su runrún vocal se vuelven claras. Apenas me da tiempo a ponerme de pie.

—Aquí vive mi hermana Asia. Asia, ¿estás en casa?... Éste es Maximilián Alexándrovich Voloshin.

Marina lleva un vestido oscuro y un gorrito negro de seda a modo de boina, con un volante también negro en el pelo oculto, que apenas le crece.

Hacia mucho que el pelo teñido sin querer de Marina había empezado a cambiar los tonos del amarillo zanahoria al verdoso y, finalmente, Marina se rapó la cabeza. Según el consejo de alguien, convenía que se lo rapara diez veces, entonces empezaría a rizarse. Y Marina se ponía una cofia negra de seda con un velo pequeño, no le quedaba bien. (Esta

cofia la menciona M. A. Voloshin en uno de los poemas que le dedicó después de conocerse, después de que saliera su primer libro, *Álbum vespertino*).

Y con ella... nunca había visto a persona igual. El primer sentimiento, el deseo de mirar, de escuchar, de absorber y de examinar detenidamente: ¿es grande? No, para nada. Pero es enorme. Estatura media. Una cabeza sobrehumana sobre unos hombros sólidos, muy anchos. ¡El Zeus de la librería de papá! Una montaña de rizos; la barba... ¿pequeña? Como lava ardiendo que caía del cráter de su cabeza. Castaña, con tonos rojizos. Su mano, no a la manera masculina, sino grande y cálida, abraza la mía; sus ojos con alegría, escudriñadores, absorben mi mirada, que le sale al encuentro. ¿Los ojos de Pan en el cuadro de Vrúbel? No, no son los de Pan. Los de éste están vacíos, dan miedo. Los de él son tan claros como los otros, pero su mirada se coló en mi alma y aquí se posó. Cómodamente, como un gato hecho un ovillo. Satisfecho, Max deja libre mi mano, pero la mirada continúa, y en ella suave, sosegadamente, gira la habitación transportándome a un estado de benevolencia desconocido para mí, ¿de animación, calma, conocimiento? ¡*Un brujo!* (¿El brujo bueno del poema de Marina?)

Todo ve, todo sabe tu pupila sabia, para ti  
los corazones claros son, como la hierba...

Sonrisa de miel, podría decirse... si no fuera porque en ella revoloteaba el sufrimiento.

—¿Podemos bajar, ir al salón? Tengo asma, aquí me cuesta respirar...

Él se vuelve, mejor dicho «ello», y los tres vamos a la escalera. Nos preparan el samovar en el cuarto de estar. Es evidente que Marina se avergüenza de las formalidades del té, forzadas, como todo en la vida cotidiana.

Se sentó al piano. También medio forzada, como un poco sonámbula. Repasa las notas. Un suspiro.

—Hubo un tiempo en que tocaba. Mamá soñaba con hacer de mí músico... ¡No resultó!

Max, respirando aliviado a plena capacidad de sus pulmones sobrehumanos, con dulzura, con solemnidad, con sencillez:

—Porque resultó ser poeta... ¡Qué bien se respira aquí!

Y al mismo tiempo que una de nosotras o quizá las dos al unísono:

—¿Se está tratando el asma?

Max, habiéndoseme acercado (yo estaba en mi lugar habitual junto a la estufa, las manos detrás, pegadas a los azulejos calientes), en silencio me mira a las pupilas, tan cerca y de seguido, en exceso, que la cabeza se me desprende de los hombros. La más amplia y dulce de las sonrisas ilumina la enorme cara de Zeus. Se aparta con la ligereza de un gato. No, ¡es la ligereza de un globo infantil! Un vals de Chaikovski rellena el salón, se eleva con el globo, con Max, con nosotros...

—*Báryshni*, el té está servido...

En cuanto encuentra ocasión, Marina me susurra: «¿A que no te atreves a *acariciarle* la cabeza...?». Y una mirada irritantemente altiva.<sup>139</sup> (Movida en el fondo por una cálida expectativa: ¡a ver si se atreve!).

—¡Voy a tocarlo! —respondí yo en voz baja. Con el corazón acelerado. ¿Cómo iba a acariciarlo? No lo sabía. Pero una vez que lo había dicho, tenía que *ser hecho*. Y entonces empecé a sufrir. Tenía miedo. El que hasta hace poco era tan agradable, maravilloso, cercano, tan lleno de vida, dulce... y de pronto se había vuelto tan «importante», lejano, comple-

---

139. N. de la A. Más tarde, mientras leía los recuerdos de Marina sobre Max, comprendí que antes de hablarme *a mí* de la cabeza de Max, *ella* lo había hecho; entonces, ¿probaba a ver si yo me atrevía?

tamente extraño, está sentado, habla con Marina de la poetisa *comtesse* Mathieu de Noailles... ¿Acaso puedo acercarme, estirar el brazo hasta su cabeza?... A saber qué dirá. ¿No será una tontería? ¡Por qué lo habré prometido! Muerta, doy un paso al frente. Hay que acabar con el sufrimiento. Y ¡tengo que hacerlo de todas formas! Oí mi propia —aunque desconocida— voz:

—Maximilián Alexándrovich, ¿puedo acariciarle la cabeza?

Y antes de que yo hubiera alargado el brazo, su cabeza inclinada (como los toros y como los gatos), dispuesta, junto a mi mano. Como si fuera lo que estaba esperando (¡sorprendido de que no todos lo acaricien!).

Mis dedos entre los rizos castaños, espesos y mullidos, como el musgo. Y dos rostros. El de él: acepta un regalo, y regala. Con una sonrisa enorme. El de Marina: aprueba, anima, elogia. No sé qué rostro veían ellos en respuesta.

Y entonces él lee un poema, con lenta voz de bajo, absorbiendo cada palabra y el sentido y cada uno de sus sonidos.

### *La Acrópolis*

Pizarra gris. Álamo blanco.  
Golfo en llamas.  
En la negrura argétea de los olivos,  
una colina mutilada: la acrópolis.  
Una serie de escalones cortados,  
un pórtico de pesados propileos  
y, tras el revoltillo de piedras,  
en una red de ligeras sombras azules,  
chispas de avenidas marmóreas.  
El cielo es abrasador, no tiene fondo —  
huele a llamitas azules.  
Como una cuerda resuena la columna  
de volutas jónicas.  
Tras los meandros del Cefiso

se entrelazaban las terrazas de las montañas  
en un trazo rojo fuego...  
El rayo del ocaso brota...  
Sobre el valle un haz de fuego...  
Se ruboriza con las llamas sobre el valle —  
en la fragua de los bronceos rayos  
Erecteón bronceado...  
La noche me miró a la cara.  
Son negras las ramas del ciprés.  
Y a sus pies, hecho un anillo,  
duerme el teatro de Dioniso.

«¡Qué pena que papá no lo oiga! —pienso—. Es su Grecia...».

Sigue leyendo sobre España y las castañuelas, sobre París, donde vivió una temporada, y sobre su Crimea, donde vive, sobre Egipto: nos habló de Tey-Ay,<sup>140</sup> un yeso egipcio que se había traído a Koktebel, y nos contó el poema que le había dedicado. En algún momento le había parecido idéntica a su esposa (la llamó «adoptiva») Margarita Vasílievna Sabáshnikova (y después dejó caer en algunas de sus palabras que ella... no estaba con él).

Pero le pedimos que siga. Y nos leyó un poema tras otro sobre su querido Koktebel.

—La parte de Crimea en la que vivimos mi madre y yo —dijo Max— es de origen volcánico. Nuestra Crimea no se parece a la Crimea meridional. Es rigurosa, no tiene bosques. Colinas, caminos, y mar. La tierra..., su estado primitivo se percibe aquí como en ningún otro sitio. Yo era todavía un niño cuando mi madre compró una parcela, y allí no había nadie más. Y cuando paso mucho tiempo sin vivir allí... *añoro* Koktebel. Venga, tiene que verlo, estoy seguro de que le gustarán esos lugares. ¿Asia también vendrá? Venga, no se arrepentirá...

---

140. Recientes estudios indican que es la reina Mutnedymet.

—¡Claro que iremos! —dijimos las dos al unísono.

Nos habló de su invención-mistificación, de la Cherubina de Gabriak por él creada.

Era una poetisa *magnífica*; nos leyó un poema suyo maravilloso del que se me quedó grabado:

Ondea en el cielo una capa roja —  
el rostro — no lo vi.<sup>141</sup>

Se llamaba Yelizaveta Ivánovna Dmítrieva. Era maestra. Muy modesta, mal parecida, poco atractiva. A Max le entusiasmaron sus versos: inventó una forma de hacerla famosa, creó el mito de Cherubina de Gabriak (¿española?) y en el brillo de este nombre, de lo extranjero, de la belleza imaginada, sus versos se elevaron sobre Rusia como la luna nueva. Y después..., después la gente la profanó, la aplastó, y ella no volvió a escribir versos. Hacía muchísimo frío el día en que, en la estación, un grupo de poetas esperaba a la bella poetisa de apasionado nombre. Del vagón salió una mujer pequeña, insignificante, y uno de los que esperaba —*¡un poeta!*— tuvo un comportamiento impropio, intolerable. Max lo retó a duelo. Pero ese minuto de colisión de la realidad con la invención decidió su destino. Ella desapareció, se borró, quedó muda. Y de ella quedaron... unas hojas con poemas...

—Marina —dijo Max—, voy a presentarle a Adelaida Kazimírovna Guertsik. Este año le han publicado, como a usted, una antología de poemas. Tiene que conocerla sin falta... Se necesitan. Es bastante mayor que usted. Tiene un destino trágico: hable alto con ella, está sorda. ¿Quiere que le cuente un poema?

—Tengo muchas ganas...

Max leyó unos versos. Marina los alabó.

---

141. Traducción de Selma Ancira en Tsvietaieva, M., *Viva voz de vida*.

—Maximilián Alexándrovich —preguntó Marina—, ¿cuándo la va a traer a casa?

—Le daré su dirección. Leeré otro fragmento. Hay algo popular aquí... Estos versos:

... Antes pasaba que las noches  
flotaban negras de negrura.  
Las fieras alrededor de la fiereza,  
vagan los pensamientos del genio del bosque...  
Con canciones los ahuyentas,  
con canciones aclaras las tinieblas.

—Es un conjuro —dijo Marina—, un tipo de sortilegio..., «flotaban negras de negrura»...

—¿Y los «genios del bosque» que vagan? —preguntó Max...

—Tres de nuestras antologías han salido casi al mismo tiempo —dijo Marina—, ¿la de ella, la suya y la mía? Qué interesante... ¿Y cuál es el título? Es algo tan importante, ¡el título!

—*Poemas*, y un largo subtítulo: «Los años de peregrinación. *Amori Amara Sacrum*. La estrella Ajenjo. Altares en el Desierto. *Corona Astralis*». El de Adelaida Guertsik es como el mío, *Poemas*, pero sin nada de latín, sólo una palabra.

Se marchó tarde de casa.

Poco después de la primera visita de Max, Marina recibió unos versos que él le había dedicado. Aquí van algunas líneas:

¡A usted, con alegría, tiende mi alma!  
¡Oh, y qué bienaventuranza emana  
de las hojas del álbum vespertino!  
(¿Y por qué álbum? ¿Por qué no cuaderno?)  
¿Por qué oculta bajo un bonete negro  
y gafas negras su semblante limpio?



Pude ver solo la dócil mirada  
y el óvalo infantil de la mejilla.  
(...)  
Su libro — es de allá una noticia,  
una noticia de cosas felices.

Yo no creo en milagros. Mas qué dicha  
en darse cuenta: ¡el milagro existe!<sup>142</sup>

Después Marina me habló de su amistad con Max Voloshin.

—Qué hombre tan extraordinario, Asia, ¡si tú supieras!  
No hay nadie que se le parezca, y se relaciona con la gente  
de una forma completamente diferente, no quiere nada  
para sí..., y está claro que es un amigo para toda la vida:  
comprende todo, es amigo de todo el mundo, nada le parece  
raro, todo en mí —¡casi sin contárselo!— le parece natural,  
no discute por nada, no intenta enseñarte, simplemente  
disfruta de la gente. ¡Qué descanso es estar con él! Y le gusta  
Francia, ¡como a mí! Le gusta su lugar, Koktebel, más que  
nada en el mundo, aunque ha viajado muchísimo. Es un  
artista. Iremos allí.

—¿Nos dejará papá?

—Claro que nos dejará. A Max lo conocen todos; papá  
puede informarse sobre él fácilmente. Y allí está su madre.  
Además, él es diferente a todos. ¿O no lo has visto?

—Claro que sí. ¿Irás?

—Sí. Pero antes me apetece ir a los lugares de Pushkin en  
Crimea. A Gurzuf. Andréi me dijo ayer que es el fin de Taru-  
sa, ay. Qué traición: sacaron la dacha a la venta. Petrov, el jefe  
del *zemstvo*, para burlarse de nosotros, le dijo a Andréi que  
no iba a pujar por ella, disuadió a Andréi. Y al día siguiente  
fue y... ¡compró la dacha! Donde hemos vivido tantos años,  
la de veces que quisimos comprársela a la ciudad...

---

142. *Ib.*

—No voy a volver *nunca* a Tarusa. ¿Y tú?

Y así, la vida nos regaló Koktebel el mismo año que nos quitó Tarusa.

—Y ¿sabes una cosa? No voy a terminar este absurdo octavo. Sólo es pedagogía. Y por nada del mundo sería pedagoga. Se lo he dicho a papá. Y quizá me vaya *antes* que tú a Gurzuf, y desde allí podemos encontrarnos en Koktebel.

Y ésta fue la decisión que tomamos —en el alma—. Mientras, Marina siguió estudiando y, como antes, pasábamos juntas los descansos, disfrutando de Tania Turguéneva, de Nina Murzo y de las hermanas pequeñas del historiador Dzhivelegov, dos hermanas de belleza deslumbrante.

#### CAPÍTULO IV

#### LOS AMIGOS DE MARINA. TIEMPO. LIBROS

Sasha Kabánov, con quien fuimos al entierro de Lev Tolstói, empezó a visitarnos. Apasionado, entusiasta por encima de *cualquier* medida, se sentía completamente feliz cerca de los poemas de Marina y de su autora; no le sorprendía nada en nosotras, se creía todo a pie juntillas, lo encontraba todo sin igual y metió en nuestra casa el aleteo del temblor juvenil y de la felicidad que, aunque pareciera un poco ingenuo, eterneció nuestras cabezas tristes e irónicas.

Una vez vino a vernos —a Marina, mejor dicho— un hombre completamente diferente. La antítesis *total* de Sasha. Era un hombre muy joven y sombrío, sombrío ante todo, reservado..., no, cerrado por sus «iniciativas». Llegó por la puerta de servicio, se quitó el gorro y llamó a la puerta más cercana. Era la de Marina. Entró en los brazos verdes de las plantas que se estiraban hacia arriba rodeando un gran escritorio de hombre. En el brillo de las tapas de los libros y de los cristales de los grabados, en los retratos de Napoleón y del duque Von Reichstadt, de María Bashkirtseff, de Sarah

Bernhardt y de mamá, de mamá que lo miraba desde arriba y de lado —con la mirada medio indignada, medio orgullosa con la que una vez contempló Nervi bajo el objetivo del fotógrafo, puede que pensando en el Tigre—. Esa mirada estaba viva y vivía con nosotros después de ella. (Es el retrato del que Marina en sus «Recuerdos de infancia» escribió «donde se parecía tanto a Byron». En los rasgos, para nada. Pero en esa mirada, desde arriba y de lado...).

—¿Es usted Marina Ivánovna Tsvietaieva, la autora de *Álbum vespertino*? —preguntó al entrar un hombre pequeño, robusto, de mirada perspicaz y frente baja.

—Sí.

—Soy (él dijo su nombre, no lo recuerdo). He venido a conversar con usted sobre convicciones e ideas. No logro determinar las suyas en los poemas. Tengo muchas preguntas. No está ocupada ahora, ¿no?

¿Qué le respondió Marina? Muy pronto lo subió arriba, a mi habitación y con sólo lanzarle una mirada de reojo ya me había dicho todo. Nos lanzamos al combate. ¡Qué no le diríamos! Fue la inspiración perfecta de la desesperación.

Le dijimos todo lo que nos venía a la cabeza, pero no entraba en la suya. Delirio tras delirio. Nos regocijamos embriagadas con la libertad de la farsa y con su mirada cada vez más sombría. Finalmente, Marina lo llevó a la ventana, donde tras la escarcha brillaban las ventanas del fantástico edificio de la tipografía de Levenson, con sus torrecitas.

—Y ahí vive nuestro abuelo, es un barón feudal —dijo Marina—. Y Asia y yo...

—... vamos todos los días a verlo en un carruaje con nuestras «armas» —continué yo—, y él...

Pero nuestro huésped dijo en tono duro:

—Tengo que ir a hacer unos recados. Puede que venga otra vez a verlas.

Vino más veces, y también vino Sasha. Qué pena que nunca coincidieran.

Pronto en la vida de Marina y en la mía entró —y por mucho tiempo— otra persona: Adelaida Kazimírovna Guertsik.

Era una mujer profundamente fascinante de mediana edad, mal parecida y sorda. «El poeta del agua *pura*», dijo alguien de ella. Una de las amistades más grandes y afectuosas de Marina. Se encontraron como si se conocieran desde siempre... en los mismos libros favoritos. *Gösta Berling* de Lagerlöf, los libros de Bettina Brentano (*Conversaciones con los demonios*, *Correspondencia de Goethe con una niña*; esta escritora tuvo un papel importante en la vida social de Alemania, en sus círculos ilustrados), el Marceline Desbordes-Valmore que Max regaló a Marina, la poetisa francesa contemporánea favorita de Marina A. de Noailles, y otros. Marina y Adelaida Kazimírovna se leían sus poemas, mejor dicho, Adelaida Kazimírovna leía los poemas de Marina en el original o en la antología, puesto que era sorda. Estaba casada con el editor Dmitri Yevguénievich Zhukovski, un hombre de un tipo completamente diferente a ella. A causa de su sordera, su ensimismamiento y su extraordinaria delicadeza se sentía confusa y desvalida en el día a día. Pero, dotada de voluntad, de bondad y de una audacia especial propia de ella, vivía decidida y sencillamente, dispuesta a soportar todo lo que la vida le deparara.

Su sordera la rodeaba como un muro, separándola de la gente, de las voces, de las conversaciones. Por su cara vagaba una media sonrisa de perplejidad, que le añadía un aire lastimero a su rostro redondo y delgado de ojos pálidos, nariz asimétrica y pelo castaño claro con raya en medio, un pelín rizado, y a toda su modesta criatura.

Intentaba no mostrar sus penas. Y tenía un humor fino, sensibilidad por la risa. Su ingenio se traslucía en todo. Sus brazos, ligeros y obsequiosos, estaban tendidos... a todos y cada uno. Y tenía capacidad para admirar e incapacidad

para juzgar a los hombres. Su principal sentimiento era la gratitud por el mundo. Tenía un hijo pequeño, Daniil, Dalik; contaba de él cosas conmovedoras, graciosas, y más tarde se publicó su relato sobre la «impunidad» de un niño (en el relato era Kótik). En sus páginas se alzaba su pequeño compañero de viaje, original y terco, único en su comportamiento y que contemplaba indiferente los castigos, encontrando siempre una salida para el ser amante de la libertad que era, que no pena, que se amolda fácilmente también a lo desagradable. Un humor dulce resonaba en el relato, una atención fina, sabia, y la pregunta de si los niños *nos* enseñan más que nosotros a ellos...

Cuando Marina trajo a mi habitación, a nuestra antigua habitación infantil, a Adelaida Kazimírovna Guertsik, ésta, al ver por primera vez nuestro hogar en la buhardilla, se detuvo en el umbral de la puerta con la bola verde del tirador de cristal y recorrió todo con mirada sorprendida y alegre.

—Qué bien se está aquí... ¡Me recuerda a *la* infancia con mi hermana! Mi hermana Zhenia... (Hablabla como Marina de mí: «Mi hermana Asia...».)

Tenía un acento peculiar, no era totalmente ruso, con sonidos acelerados, pegados aquí y allá, con consonantes dobles, algo así: «¡Qqué bienn sse esstá aquí...» (y todas las «a» eran un poco «e», y todas las «o» parecían diptongos «io»). Esta dicción (su padre era polaco) le añadía placidez a sus palabras y, por muy lacónica que fuera su frase, en el calor de su singular timbre se encerraba también esa sonora placidez. Ante la petición de que contara algún poema no respondió nada, sonrió (creíamos que no nos había oído) y, de pronto, «empezó a hablar en verso», como si fuera incluso más sencillo que la habitual habla humana.

—¡Qué maravilla! —dijo Marina cuando nuestra huésped se hubo callado—. En un solo poema ha sabido expresarse de tal forma que me parece que hace mucho que la conozco...

Sin oírlo del todo (¿?), la huésped respondió:

—A mí también —y empezó a pedir a Marina que leyera algún poema—. Y ahora quiero oírla a usted, Marina, querida...

Es tan difícil *gritar* versos, pensé yo, pero Marina se acercó a Adelaida Kazimírovna y empezó a leer. Ella leía muy alto, pero su oyente tenía cara de perplejidad.

—¡Y ahora las dos a la vez! ¡Asia y yo! —Y nos pusimos a leer.

—¡Ess una lectura maravillosa! —dijo nuestra invitada—. Pero he oído mal *qué*...

Los ojos pequeños, feúchos, muy claros de Adelaida Kazimírovna miraban con excepcional amabilidad y sinceridad, e incluso había algo de curiosidad virginal, infantil, en esa mirada suya que todo miraba y todo aceptaba.

—¡Qué ma-ra-vi-llo-so! —dijo (y en su división silábica surgió un parecido instantáneo con la Dragona. Ella también podría haber hablado así)—. ¡Una habitación antigua! —dijo con satisfacción—. ¡Cada vez quedan menos sitios así en Moscú! —Y avanzando al rincón tras la cómoda de mamá, donde azuleaba un trozo abandonado de papel tela con rosas, entusiasmada, lo recogió con sus dedos ligeros—. ¡Y este trocito de un atlass viejo! Ccuánto enccaja en vuestro ccuartto...

Estaba encantadora en ese instante, su mirada y su contacto habían convertido el percal... en seda. ¡Una maga!

Marina me dijo que Adelaida Kazimírovna tenía una hermana, Yevguenia, traductora, amiga de Viacheslav Ivánov. Un poco más joven que ella. Eran muy amigas. Y muy amigas de Max.

Cuántos años de amistad sólida y recóndita con ambas empezaron con esta su primera visita a nuestra casa.

... La inauguración del museo de papá se acercaba. Papá cada vez tenía más trabajo. Después de la persecución del

ministro Schwarz, que había soportado tan estoicamente, se le notaba visiblemente envejecido y había dejado de llevar barba, y su barbilla, ahora afeitada (hasta entonces oculta por una barba pequeña, clara, que le ampliaba un poco la cara), parecía... desconocida: su rostro había envejecido. Los bigotes se le pusieron blancos. La frente, alta, amplia, que se convertía en calva, se le cubrió de arrugas. Más tarde todo el tiempo que pasó sentado en el escritorio, el trabajo que se complicaba y acumulaba y los sufrimientos sufridos durante el acoso de los periódicos moscovitas le pasaron factura.

A veces, al mirarlo, la angustia nos oprimía el corazón: ¿y si el envejecimiento de papá no soportaba... el trabajo inminente? ¿Y si papá no vivía hasta la inauguración del museo? Era poco probable que nombráramos esos pensamientos, pero nos atormentaban... continuamente. Llegaban de repente, como si alguien balanceara el péndulo del tiempo en una eternidad continuamente olvidada. No, eso no podía pasar, no debía pasar. Veintidós años de trabajo, superior a sus fuerzas, incalculable, voluntario, sin quitarse clases ni reuniones. Papá *debía* vivir hasta la inauguración del museo...

... Un año antes —creo no equivocarme— ocurrió un suceso que sacudió al mundo: los hermanos Wright realizaron sus impresionantes vuelos. En los periódicos de todo el mundo retumbaban los artículos sobre este fabuloso suceso. ¡Ay, si Leonardo da Vinci, quien *tanto* había soñado con este gran descubrimiento, despertara!, él, que había construido unas alas a la manera de las aves, que había pintado aquí y allá un raudal de diseños en intentos audaces de vencer al peso, a la gravedad...

De pronto la gente ha alzado el vuelo, y ¡mamá no lo sabe!  
Como antes, Marina venía a verme, de pie junto al respi-

radero abierto para sentir la helada, respirando bocanadas de frío. «Como tan poco —y todo con vinagre— ¡y adelgazo tan poco! Si al menos me pusiera mala, puede que entonces adelgace... El año pasado coloqué los pies en una jofaina con hielo, ¡y nada!». O «¡Me aburro! ¿Tú también? ¡Vamos al cine!». Y nos íbamos. A veces acabábamos en una —había muchas entonces— película repleta de romanticismo, de argumento complejo y con la participación de Asta Nielsen, una actriz de inigualable talento y encanto. Su cara delgada, afilada por abajo, sus ojos enormes y oscuros, los papeles siempre trágicos, su gran maestría para crear el personaje lleno de gracia y de amargura, de valor para soportar todo hasta el final. A qué comunidad tan maravillosa llegábamos, pasando a través del odioso *foyer*, donde había tanta gente y tanta vulgaridad: la sala oscura con el temblor de la pantalla lunar. ¡Asta Nielsen! Era imposible de olvidar. Y las condiciones mágicas de esos años del arte cinematográfico, compuestas de un silencio hechizado en la pantalla, el traslado al mundo de las sombras a las que acompañaban líneas aclaratorias, y, por añadidura, ¡la continua adivinanza de lo que estaba ocurriendo!

A veces dábamos con una comedia de Max Linder. La risa embriagaba. Las calles de la gran ciudad nos llevaban más allá de la frontera, a la infancia. Regresábamos distraídas de nosotras, de nuestras penas, descansadas al menos por un rato de meditaciones y sentimientos.

A veces Marina entraba de sopetón, de prisa, fruncía el ceño ya en el umbral (temiendo que tardaría en responder):  
—¿A *quién* le zumban los oídos?

Y desencantada: «¡No lo has adivinado!». A veces tras una sonrisa: «¡Exacto!», y, pensativa, se marchaba a su habitación.

Marina también tenía una frase hecha para, cuando alguien quería darle una recompensa por algo, expresar su



agradecimiento. Ella respondía guiñando un poco los ojos (cosas de la miopía):

—Ya haremos cuentas en algún otro mundo...

Y, tendiendo las manos, restregándose palma con palma, dedos con dedos, se quedaba así un minuto, los hombros un poco encogidos, vergonzosa... ¡La estoy viendo ahora! ¿Dónde va todo eso? La *usanza*, irrepetida, de una persona por siempre irrepetible. A veces se quedaba de pie, sus ojos claros, nostálgicos, mirando al frente, sus pensamientos detenidos en algo, olvidada del ambiente, ausente. Volvía en sí y, por un momento, su mirada era penetrante; con un suspiro se marchaba a su habitación.

Una vez, un día de invierno, un recadero me trajo unos narcisos, mis flores favoritas en Lausana. Y ocurrió mientras papá estaba en casa. Quizá fuera la primera vez que mi padre tomó repentina conciencia de que yo había crecido, de que era una joven; riguroso, me miró de perfil por debajo del ceño fruncido y de las gafas.

—¿Quién te envía flores frescas y *en invierno*? —preguntó severo.

—Un estudiante. Es del Cáucaso. Nos conocimos en un baile del colegio (con la palabra «estudiante» quería defenderme; él era mayor, no un niño...).

Pero a papá le sonó de otra manera:

—¡Un estudiante! —dijo—. ¿Y te has parado a pensar en lo que esto significa en invierno, unas flores para el bolsillo de un estudiante? ¿De qué se habrá tenido él que privar para comprarte el ramo y enviártelo? Piénsalo. En nuestra familia no se permitían cosas así...

—Pero, papá, yo no se lo he pedido... —dije impotente y avergonzada.

—Estas cosas no se piden, se evitan. Tu madre era *muy* discreta tanto en el vestir como con los adornos. Yo, cuando era estudiante, me quitaba las botas en cuanto salía de la ciudad, para no desgastarlas. Vivimos de los pastos, lo que

ganamos, de eso vivimos. No vuelvas a permitir cosas así. Prohíbelo.

Y se marchó a su habitación. Andréi me salió al encuentro.

—¿Qué, amiguita, te han reñido? Imagino que con el «vivimos de los pastos», ¿no? —Y riéndose subió rápidamente por la escalera, y de arriba me llegó el sonido de la mandolina. No había oído las palabras de papá. Pero papá se las había repetido más de una vez y, aunque de broma, las había adivinado.

... Llegó el Año Nuevo.

Esa primavera Marina se entusiasmó especialmente por los diarios de Casanova. Los leía en su edición francesa y fue como si se hubiera mudado al país de sus aventuras. Estaba entusiasmada con la apasionada variedad de su carácter y de sus ambiciones, con su romántico espíritu de aventura. Me hablaba de él cuando pasaba por mi habitación. Después me traje *Manon Lescaut* del abate Prévost para que lo leyera, y se deshizo en elogios. A mí no me gustó *Manon Lescaut*, me pareció vacío y frío. Pero Marina me arrastró en su interés por Cagliostro y ese invierno me enfrasqué en la lectura de novelas francesas sobre él, *Joseph Balsamo* y otras.

## CAPÍTULO V

### UN ENCUENTRO SOBRE EL HIELO

Tronaba la música, volaban pequeños copos de nieve, el cielo azul de la tarde giraba lenta y rítmicamente sobre nosotros y parecía que también nuestra cabeza giraba.

Patinábamos —mis amigos de la pista Valia Kárlova y George Smirnov, sus conocidas, las jóvenes Zabalúieva— cuando en plena carrera a nuestro lado empezaron a rechinar, al frenar bruscamente en el hielo, las cuchillas de unos

patines de carrera y, riéndose y con la respiración acelerada por la carrera, se colocó entre nosotros un hombre en chaqueta, con un gorro de piel amarillo oscuro. Lo llevaba un poco ladeado y por debajo asomaban unos cabellos voluminosos, atrapados con elegancia por el gorro, con el pelo tan corto como el de Liszt. Sus ojos azules brillaban de alegría burlona y, terminando al vuelo una frase rebuscada dicha a alguien con estilo humorístico, le hizo una reverencia a una de las Zabalúieva, se entrelazaron los brazos, salieron disparados y desaparecieron de la vista.

—¿Quién era? —pregunté sintiendo que era yo quien debía correr con él, ¡no la niña Zabalúieva! Algo deslumbrante, cautivador, necesario, había en esa persona que había llegado volando y así se había marchado. Todo se detuvo. Lo único que importaba era su regreso. No se hizo esperar. Ya estaba delante de nosotros soltando la mano de la Zabalúieva y, sin aminorar su vuelo, rasgó el hielo alternativamente con las cuchillas mientras se reía y seguía remedando a alguien. En su ingenio a borbotones había tanto entusiasmo absorbente y una invitación tan burlona a ir a algún lugar más allá de los límites de la pista de patinaje y del grupo, sus erres velarizadas provocaban tanto, su cuerpo esbelto, ligero (elegante no con una elegancia hecha, sino congénita), su cara delgada, la nariz fina con caballete y fosas bien perfiladas: ¡todo era perfecto a la *primera*! ¡Encantador! ¡No se parecía a *nadie*! Se ofrecía, pero también escondía algo.

—¿No os conocéis? —preguntó Valia, pequeña, regordeta, ligera, ágil, con su chaquetilla negra de felpa y gorrito coqueto, bajo el que sus valientes ojos gris oscuro de cejas finas nos miraban a él y a mí.

—¡Asia Tsvietáieva! —dije tendiéndole la mano.

—Bo'ris T'rujachov —igual de rápido dijo él y la velarización repetida de su nombre y de su apellido resonó como notas de acero. Su cara tenía algo aviar..., un parecido lejano

con los niños de los Górbov, en cuya familia en la travesía Vlásievski había aprendido a bailar dos años antes, la misma frialdad en la expresión y la precisión de rasgos.

Los músicos empiezan de nuevo, las trompetas doradas suben a la boca de los soldados, el ritmo de la melodía que empieza a hechizar toca nuestros patines. Borís se da cuenta de que los míos son de carrera (la única entre todas las mujeres de la pista de patinaje: ¡bendito sea nuestro derecho a volar!).

Enseguida capté otra rareza en Borís, ¿Borís Serguéievich? En un tiempo en el que todos llevábamos ropa de invierno, incluso los patinadores llevaban jerséis de lana, él llevaba una chaqueta ligera. ¡Cómo volamos! ¡En todos mis años de patinaje no había conocido tal velocidad con nadie! ¡Un éxtasis no comparable con nada!

Ebria por esa extraña fraternidad, respirando ligera en nuestro vuelo interminable, le digo a Borís Serguéievich que hasta entonces ninguno de mis conocidos había sido capaz de patinar tanto como yo sin descansar. *Sin* sentarse.

Él acepta el reto. ¡No se sienta! Y yo, irónica:

—Todos han pedido clemencia. ¡Usted también lo hará!  
¡Ya verá!

No me cree. Y volamos y volamos, al ritmo de la música y sin música, de perfil veo su cara, risueña, acalorada, el azul oscuro de sus ojos, su gorro color cebellina. ¡Me siento completamente feliz!

De pronto una ligera mueca, burlona consigo mismo, nace en su cara: ¿está exagerando?, ¿provocando? Aprieta nuestros brazos entrelazados para ralentizar la carrera.

—¡Clemencia!

¡Lo que pudimos reírnos! Nos acercamos despacio a un banco. Nos sentamos. Nos miramos..., sobre nosotros el azul invernal.

Pero por encima de todas las risas, de todas las agudezas

que intercambiamos generosamente (un impresionante sentimiento de semejanza en algo básico, ¡sanguíneo!), la conciencia de tal *inteligencia* cerca, de tal *personalidad* que la cabeza da vueltas —y ya no es por el cielo y los copos de nieve—. Y mientras yo estoy ocupada con la manera inimitablemente irónica en que Borís Serguéievich pronuncia el apellido «Zavaúieva» (no pronuncia la «l», suena: «fuera uóguica» y «uago»), me doy cuenta de que me *gusta* esa «l» suya (tiene algo infantil, enternecedor) y sus «r» velarizadas (de ellas emana la antigua Rusia, la nobleza de *Guerra y paz*, un libro que me había leído hacía poco). Es extraña la sensación de estar de pie junto a un enorme *gouffre*,<sup>143</sup> en el borde, como ante un mar abierto del que sopla un frío prístino, enajenado e implacable que se esfuerza por esconderse bajo una máscara de alegría y bromas. Ocultarse en ese talento para conversar, brillante e incontable en fuerzas, que salpicaba protuberancias en cualquier estilo, que jugaba como un pilar de luz en los chorros (podía ser el alambicamiento de la antigua Rus, o la galantería de los franceses del siglo XVIII, o una frase especialmente sabia). ¿Quién era él, ese hombre admirable, burlón hasta la médula y —¡puedo sentirlo!— lírico en lo más hondo de su corazón, que no se entrega a la conciencia y a la descripción, que resbala de ellas como una anguila de las manos? Y (dijo que tenía 27 años) que se arropa con una capa de juego de palabras con tal destreza y costumbre como si tuviera cuarenta —¡ciento cuarenta!—. No es la primera era que habita en la tierra.

Hace rato que ya estamos deslizándonos de nuevo, con los brazos entrelazados, como en los bailes de salón, fundidos en un único golpe esbelto, implacablemente exacto, de nuestros pies alados: ¡justo para esto llevaba un año sobre mis patines de carrera! Y cuando volaba sola por el Estanque

---

143. 'Sima' (francés).

del Patriarca, familiar desde la infancia, yo no sabía que... ¡volar *a dos* sería esto!, confiada a unas manos valerosas que conducían nuestros pasos gigantes, dobles en el vuelo, que guiaban con tanta valentía y tanta seguridad el rapidísimo giro, inclinándose apenas a la izquierda y haciendo que yo me inclinara para enderezarse de nuevo con el mismo garbo natural con el que reina el ciervo en el bosque y en el mar la vela.

—*Ásichka*, ¡es la última marcha! ¿Nos vamos? —me grita Nina Murzo camino de la salida sobre sus patines *nurmis*; con quién está, no lo veo. Su cara está encendida, ¡qué adorable es en ese momento!

Al día siguiente, al salir del colegio (no sé por qué había ido sola), pensaba en Borís Serguéievich, me gustaba ese nombre, emocionada por el parecido con el protagonista de los Gorbátov de Vsévolod Soloviov, que tanto tiempo vivió en la India, estudió magia... Ensimismada, giré en la curva de una de las travesías Kislovski y me disponía a cruzar la calle cuando, de pronto, tras la esquina salió con desenfado y sencillez, como cualquier realidad loca, sin verme, con pasos elásticos, un hombre esbelto, con la chaqueta desabrochada (hacía mucho frío), con un gorro de piel de cebellina color amarillo oscuro; esta piel era más oscura que su pelo, dorado a la luz del sol y tan corto como el de Liszt, vaporoso y liso. Por un momento destelló algo de Kiribéievich —¡el héroe del mercader Kaláshnikov de Lérmontov!— en esa mirada de ojos azules, sorprendidos y, al mismo tiempo, burlones en cuanto me reconoció.

Y la primavera se acercaba, amenazando con convertir el hielo de la pista..., con convertirla en nieve y en agua, con arrebatarnos de debajo de los pies el terreno de nuestros fantásticos encuentros.

Marina escuchaba mis relatos sobre Borís Serguéievich con atención sincera. Ella comprendía muy bien que este

hombre no estaba alineado con ninguno de nuestros conocidos.

¿En qué año se construyó la estación de Kazán en Moscú? La admiración de los moscovitas por el grandioso espectáculo del bloque expandido de la nueva estación de estilo oriental, que adornaba con alegría la plaza con la aburrida estación Nikoláievski (la de San Petersburgo), de estilo oficial, y la de Yaroslavl, de estilo artesanal ruso. Eran días cálidos, el esmalte florentino del cielo dibujaba los nuevos contornos de la plaza, y volaban sobre los tejados mauritanos las nubes moscovitas, vaporosas como la nata batida...

Marina se preparaba para ir a Gurzuf y se escribía con alguien, por la habitación. Para cuando yo terminara los exámenes, ella ya estaría en Koktebel con Maximilián Alexándrovich Voloshin. Yo también me disponía a ir allí. Iba a ser mi primer viaje sola.

Se acercaban los exámenes. Yo no estudiaba, estaba segura de que iba a aprobar con buena nota. Pero todas las últimas tardes las pasé en compañía de B. S. T., en nuestra casa.

De camino al examen de química me estudié en el coche de punto 48 fórmulas casi desconocidas. Me preguntaron dos: la del agua y la del ácido sulfúrico. Las recuerdo, todavía hoy las recuerdo:  $H_2O$  y  $H_2SO_4$ .

Aprobé geografía con notable. No me había dado tiempo a releer todo el capítulo de «La pequeña Rusia» —¡sólo uno!—, sin embargo los demás me los sabía muy bien. Me había aprendido de carrerilla el manual paseando entre los álamos y las acacias del patio. Bueno, ¡no iba a ser ese precisamente el que me saliera! Y me salió ése. Tuve que pedir permiso para cambiar la papeleta. El maestro, afligido: «¿Usted quiere cambiar la papeleta? Pero entonces no podré ponerle un sobresaliente...». Respondí con brillantez sobre

Finlandia y saqué un notable. Era el penúltimo examen. Llegó el examen escrito de lengua rusa. Entré en clase... corriendo. El tema de la redacción era «La obra de Catalina la Grande». ¡No me lo sabía! ¡Ni siquiera había abierto esa parte! Además, no me gustaba en absoluto, todo lo contrario. A las dos amigas que tenía más cerca, a la izquierda y la derecha, les temblaban las manos. Me senté mirándolas con beatitud, cogí la pluma... La primera había terminado (inquieta: ¿y si, de repente, la primera en entregar era Alisa Govséieva?). Ese día yo quería ser la primera en entregar, pero decidí releerlo todo y la primera fue ella. En mi redacción demostraba que los contemporáneos de Catalina eran más ingeniosos que ella, que ella y su obra habían sido exageradas, la destroné y la convertí en cenizas. No cité ningún nombre, excepto «Felicia»,<sup>144</sup> porque no me los sabía (todo salió... ¡de mi cabeza!). Maniobrando con destreza entre lo anónimo, con el tono de un sabio nonagenario.

Pocos días después Yuri Alexéievich Veselovski, que se había interesado por mi librepensamiento, me propuso que leyera la redacción... como una ponencia. Lo evité entre risas. No estaba para eso: ese mismo día B. S. T. y yo teníamos pensado ir al Jardín Zoológico, a pasear en barca.

Eran mis últimas semanas en Moscú. Marina ya estaba en Gurzuf. Escribía sobre los maravillosos lugares de Pushkin, sobre el encanto de su soledad, sobre la magia de los paseos al sol (le gustaba mucho tomar el sol) o a la luna, sobre la felicidad de estar junto al mar (el infantil «Al mar» de Pushkin)...

¡El límite deseado de mi alma!  
Cuánto solía yo por tus orillas

---

144. Poema de Gavrila Románovich Derzhavin sobre la figura de la zarina. El nombre está sacado de un cuento escrito por la propia emperatriz.



vagar silencioso y nublado,  
cargado de pensamientos arcanos...

Una roca, sepulcro de la gloria...  
Hundido allí en un sueño gélido  
de recuerdos imponentes:  
allí se extinguía Napoleón...<sup>145</sup>

Y también escribía sobre un niño tártaro (hace cuánto tiempo que fue, mucho si he olvidado su nombre —¿Osman?—; Marina se acordaba de él muchas veces...). Este niño le tomó tanto cariño que hacía por seguirla a todas partes...

## CAPÍTULO VI A KOKTEBEL

Recuerdo una mañana calurosa —plata y añil—, un peso en el corazón por separarme de B. S. T., la sonrisa de cortesía mientras pagaba y cómo el coche —bajo un baldaquino para el sol, un coche de punto de dos caballos— sale de una ciudad desconocida; el mar, ora añil, ora celeste, se extiende con un brillo de mercurio, susurran los álamos piramidales, ¡y qué gorjeo en las ramas! Tintineaba, se propagaba, se derramaba, casi acallaba al mar. Los bloques de las dachas de piedra tras los jardines de Sherezade brillan a cada instante con sus cristales, que se abrían (las ramas retrocedían con el viento) plateados y negros como la noche.

Y ya se extendía bajo el lila encendido la estepa cimera de Max, montuosa, desconocida, calcinada (¿qué dijo él, volcánica?). Después hicieron su aparición las montañas, unos contornos aún más brumosos para mis ojos miopes,

---

145. Tercera y novena estrofa del citado poema de Alexandr S. Pushkin, publicado en 1824.

y sobre ellos, puntos. ¿Se movían? Más tarde, en Koktebel, averigüé lo que eran: águilas.

Las colinas, disipándose y volviendo a surgir, se dan paso unas a otras, son amarillo ceniza; la carretera gira y se estira como una flecha clara y, de pronto, tras el promontorio suave de una colina delante, donde hace un instante sólo había distancia bajo la ceniza amarilla, como torneado con un buril desde la tierra al cielo, se abre un inolvidable y hasta ahora no olvidado panorama: tres montañas desde la tierra firme de la derecha al mar, en la izquierda, cayendo sobre él como un cabo escarpado, tres montañas tan diferentes que sólo un pintor podría haberlas colocado sobre el azul del lienzo celeste: filos góticos en forma de arco iris, un semicírculo de una montaña cubierta de bosque verde —y otra vez rocas que trepan a la cresta—, en forma de corona, se derrumba en el mar con su abrupto perfil de coloso, de Zeus. ¡Dios mío! ¡De Max! ¡Si es la cabeza de Max!

Y en ángulo con ella, inclinada abruptamente sobre el mar, un pedazo de pecho (yacente) tendido muy cerca del mar... No puedo apartar la vista. ¡Incríble! Alguien —¿el mismo Artista?— ha esculpido en las rocas la cabeza de Max girada hacia el mar... Las tres montañas se acercan, los caballos corren por la calzada, el paisaje se hace más claro, se esparce desde la distancia a la proximidad, estalla en sombras, con capas de luz arroja *de sí* la sombra, se vuelve parte del día, de mí, de mi vida actual aquí... y con un vuelo de látigo sobre los caballos que corren hacia la izquierda, al mar, se queda a mi derecha, ya no se acerca más. A mi encuentro sale el azul del mar, superando los obstáculos de los jardines, bajitos y espaciados, donde brillan al sol las ventanas abiertas de par en par de las casas. El camino comunal tiembla y salta bajo las ruedas, pasan rápidamente los zarzos y, a la izquierda, lejos, formando la punta izquierda de la bahía, una hilera de colinas amarillo ceniza, de las volcánicas.

No se parece en nada a Crimea: a Yalta, a Chukuliaar, a Simeiz, Alupa o Massandra (1905-1906, mis años aquí con Marina). La mano bondadosa de alguien me quita del alma imperceptible, silenciosamente, todo el peso que en ella yacía, y la antigua curiosidad y avidez juvenil se derraman dentro de mí. La sombra roja del baldaquino del coche se mezcla con un olor dulce como el jazmín de Tarusa (¡las matas amarillas!) en un sentimiento de felicidad prístina, y, doblando un zarzo, el cochero: «¿La dacha de Voloshin? ¡Hemos llegado!».

Sin comprender nada, sin tiempo, mis dedos se lían en la bolsa del dinero, levanto la cabeza para ver algo que baja volando por las escaleras, con recodos y blancas, desde el caminito del jardín, desde la otra punta... el crujido de la grava bajo una carrera ligera y yo entre dos: ¡Max y Marina! Cada uno con una de mis manos en las suyas...

Eso que había bajado volando no sé de dónde cayó a mi encuentro con un salto impetuoso, ruidoso..., eso era Max.

Estaba de pie y sonreía tan *profundamente*... La gente no sabe sonreír así. En silencio, la cabeza ladeada, miraba y se alegraba. Comprendía todo al entrar en tu alma de forma incomprensible, irrepitable. Y yo comprendí por qué, ya mientras me acercaba a su casa, me quité un peso de encima: en esa casa vivía un espíritu bueno. Una mujer inteligente me dijo que a ella Max siempre le parecía Neptuno. Sí, eso era. Zeus, Neptuno: algo natural, enorme, sobrehumano. Que extiende sus manos... ¡a todo! Íntimo sin medida. Y que regala al hombre... ¡felicidad!

Morenos, como cuando papá regresó de El Cairo dos años antes, ambos están delante de mí, y los de Moscú son irreconocibles en ellos dos. En lugar de algo de terciopelo en la tripa de Max («felina», como escribe Marina en *Viva voz de vida*) y de un sombrero de copa, según ella me había contado, Max llevaba una camisa larga de lienzo, casi hasta

las rodillas, y unos pantalones cortos, que también le llegaban hasta poco más abajo de las rodillas, igual que los niños extranjeros; sus poderosos pies desnudos en sandalias. En la cabeza inclinada en señal de saludo y por el encuentro atento y alegre, los rizos de Zeus, recogidos con algo finito a causa del viento, amarillos por el sol. Una amplísima sonrisa de benevolencia, de interés, de expectación, de entrar en ti como en su casa.

Pero apenas lo he devorado, como él a mí... ¡Marina está a mi lado! ¡Marina? ¿Ésa es... Marina? Pero si... ¡es un *crío*!

Los rizos bruscamente ondulados, crecidos desde Moscú (después de afeitarse, ¡milagro!), tocados por el dorado del sol, piel café, la cara, el cuello, las manos, las piernas desnudas desde la rodilla (también en sandalias) después de los tacones de la ciudad, pero ¡qué sandalias!... ¡*pantalones abombados*! De chico, amplios. Marina ahora es más joven que yo, que estoy frente a ella con el abrigo de viaje que me había arreglado Alexandra Olímpievna,<sup>146</sup> con un sombrero de ala ancha de paja. Nos miramos. Risas.

—¿Has llegado bien? Pues aquí estamos..., bueno, ¡ya verás! Max tiene una huésped, es española: Conchita. ¡No sabe ni una palabra de ruso! ¿De qué te sorprendes? ¿De los pantalones? Aquí los llevan todos. Tú también lo harás..., ¡es cómodo! Por las montañas. Aquí hay unas montañas que... viven águilas. (De pronto). Y ¿cómo está Borís Serguéievich? ¿No va a venir? ¡Invítalo! ¿Va a venir? ¿Se ha ido? ¡Invítalo! (Frunce un poco el ceño al mirar a Max). Asia, ¿has visto a Ígor Severianin? ¿No? (Alegre). ¡Ya lo verás! ¡Vamos! ¡Max, voy a enseñarle la habitación que decía Pra!

La cabeza ladeada como un oso de juguete gigante, Max nos sigue con la vista, inundado por completo del sol del mediodía: el sol ardía en sus ojos claros. Sonreía.

---

146. A. O. Gáldina, una conocida de los Tsvietáiev (Nota del editor ruso).

Marina hablaba.

—Muchas cosas te parecerán extrañas al principio, ya te acostumbrarás. Pero hay algo que debes saber: Conchita está enamorada de Max y le monta escenas de celos. Él se turba mucho, pero nunca la ofende. Entre ellos no hay nada, claro. Además está aquí Ígor Severianin. ¿Estás contenta?

Mientras me ayudaba con la maleta, me miró un momento sobre la marcha.

—Sí-í-í... —respondí insegura. Nunca había visto a Marina así. Yo... no entendía. Su excitación me parecía fingida.

—Es tonto, claro —continuó—, pero tiene talento. Y es muy guapo. Luego está la poetisa María Paper. ¿Recuerdas sus poemas sobre la maternidad, sobre el embarazo? Ha encontrado no sé dónde una espada y, apoyándose en ella, camina por la montaña. Es una pose, pero ¡no te rías! Tiene mucho amor propio.

—¿Y quién es esa tal Pra, la que ha dicho algo de una habitación?

—Es la madre de Max. ¡Una mujer fantástica! Única, original. Lleva ropa de hombre, desde muy joven. Parece un rey de cuento.

—¿Por qué «Pra»?

—Hace tiempo era alguna mistificación. Algo burlón. La llamaban Pramáter,<sup>147</sup> y así se quedó. Fue la primera en instalarse en este lugar tan mágico; aquí no había nadie, excepto Junge.<sup>148</sup>

Entre ese remolino de nombres yo andaba por la grava del jardín bajo el dulce calor del mediodía, entre olorosos arbolillos con escamas amarillas de flores y ramas de fram-

---

147. 'Pra-' es el prefijo ruso equivalente al español 'bis-/tatara-' en los parentescos.

148. Eduard Andréievich Junge, oculista, profesor y consejero privado en activo de origen alemán, considerado el fundador de la Koktebel contemporánea.

## Índice onomástico

- ABELARDO, PEDRO, 476  
AFANÁSIEV, ALEXANDR NIKOLÁIEVICH [*Cuentos rusos*], 1171  
AIVAZOVSKI, IVÁN KONSTANTÍNOVICH [*La novena ola*], 594,  
596, 790, 938  
AIVAZÓVSKAIA, NINA ALEXÁNDROVNA, 596, 770, 772  
AJMÁTOVA, ANNA ANDRÉIEVNA, 1172, 1177  
ALEJANDRA [ZARINA], 859  
ALEJANDRO I, 703  
ALEJANDRO III, 698, 699, 703  
ALEJO [HIJO DE PEDRO I], 704  
ALEXÁNDROVICH, MAVRIKI → MINTS, MAVRIKI ALEXÁNDROVICH  
ALEXÉIEVNA, NADEZHDA [TIMOSHA] → PÉSHKOVA, NADEZHDA  
ALEXÉIEVNA  
ALIA → EFRÓN, ARIADNA SERGUÉIEVNA  
ALTMAN, 1172  
ANDERSEN, HANS CHRISTIAN, 90, 134, 244, 526, 614, 616, 737  
ANDRÉIEV, LEONID, 76, 287, 309, 968, 987, 988, 1025, 1045  
ANDRÉIEV, TANIA, 137, 138, 287  
ANDRÉIEV, VERA, 137, 138, 287  
ANDRÉIEV-BURLAK, VASILI, 1055  
ANDRÉIEVA-SHILEIKO, VERA KONSTANTÍNOVNA, 700  
ANDRÉIEVNA, SOFIA [MUJER DE LEV TOLSTÓI], 538, 541, 735  
ANGULO, CARMEN, 229  
ANGULO, CONCHITA, 229  
ANTÍGONA, 93  
ANTOKOLSKI, PÁVLIK, 880, 896  
ANTÓNOVICH, KAZIMIR [TOSIA] → TOMASZEWSKI, KAZIMIR  
ANTÓNOVICH

- APOLO, 4387 445, 467, 485  
 APUJIN, ALEXÉI NIKOLÁIEVICH, 598, 1025, 1106  
 ASÉIEV, NIKOLÁI [MARIDO DE XENIA MIJÁILOVNA], 474, 1115, 1128, 1131  
 ASÉIEVA, XENIA MIJÁILOVNA [MUJER DE NIKOLÁI ASÉIEV], 1133, 1136  
 AXÁKOV, SERGUÉI TIMOFÉIEVICH [*Infancia*], 476  
 B. M. → ZUBAKIN, BORÍS MIJÁILOVICH  
 B. S. T. → TRUJACHOV, BORÍS SERGUÉIEVICH  
 BÁBEL, ISAAK EMANUÍLOVICH [*La caballería roja*], 1024  
 BACH, JOHANN SEBASTIAN, 1136  
 BACO, 1064  
 BAJ [*Ensayos económicos*], 380  
 BALESTRIERI, 423, 424  
 BALMONT, KONSTANTÍN, 577, 790, 895, 1082, 1126, 1166  
 BALZAC, HONORÉ DE, 1149  
 BARATINSKI, YEVGUENI ABRÁMOVICH, 801  
 BÁRJINA, F., 1128  
 BASHKIRTSEFF, MARÍA [*Diario*], 476, 494, 506, 511, 554, 694, 781  
 BAUDELAIRE, CHARLES [*Las flores del mal*], 399, 443, 619, 972  
 BAVIERA, LUIS DE, 24  
 BEETHOVEN, LUDWIG VAN [*Para Elisa; El claro de luna*], 17, 41, 150, 259, 298, 320, 375, 470, 489, 506, 651, 659, 661, 1056  
 BEILIS, MENAHEM MENDEL, 972  
 BELI, ANDRÉI, 1157  
 BENOIS, ¿ALEXANDR NIKOLÁIEVICH?, 1061  
 BERDIÁIEV, NIKOLÁI ALEXÁNDROVICH, 906  
 BÉRESTOV, VALENTÍN DMITRIEVICH, 1176-1178  
 BERNACKA, MARIA LUKÍNICHNA [ABUELA DE ANASTASÍA TSVIETÁIEVA], 42, 662, 928, 1089  
 BERNHARDT, SARAH, 463, 470-472, 497, 499, 502, 504, 555, 726  
 BESSARÁBOV, BORÍS A., 865, 883, 884  
 BIELI, ANDRÉI [SEUDÓNIMO DE BORÍS NIKOLÁIEVICH BUGÁIEV], 399, 437, 470, 472-474, 496  
 BIZET, GEORGES [*Carmen*], 89, 428  
 BLAGÓI, DMITRI DMÍTRIEVICH [CASADO CON SOFIA RAFAÍLOVNA], 937

- BLAGÓI, SOFIA RAFAÍLOVNA [CASADA CON DMITRI DMÍTREVICH BLAGÓI], 937
- BLOK, ALEKSANDR ALEKSÁNDROVICH, 577, 1025
- BOBILIOV, BORIA, 696, 729-732, 738-740, 818
- BÖCKLIN [*La isla de los muertos; Die Wille Am Meer (Villa a la orilla del mar)*], 117, 183, 687, 688, 1133
- BOGAIEVSKI, GIUSEPPINA GUSTÁVOVNA [ESPOSA DE KONSTANTÍN FIÓDOROVICH BOGAIEVSKI], 785
- BOGAIEVSKI, KONSTANTÍN FIÓDOROVICH [ESPOSO DE GIUSEPPINA GUSTÁVOVNA], 586, 592, 773, 784-786, 789
- BOGDANÓVICH, 1171
- BONAPARTE, NAPOLEÓN I, 93, 242, 415, 416, 423, 437, 471, 475, 529, 554, 569, 624, 626, 689, 757, 758
- BORÍSOV-MUSÁTOV, 1151, 1152
- BORÍSOVNA, NADEZHDA [NADIA], 946
- BOTKIN, VASILI PETRÓVICH, 1026
- BOTTICELLI, SANDRO, 484
- BREHM, 624
- BRENTANO, BETTINA, 405, 476, 556
- BRIK, LILIA YÚRIEVNA, 1173
- BRIÚSOV, VALERI YÁKOVLEVICH, 433, 435-437, 474, 476, 477, 628, 630, 631, 1070
- BRODELSCHIKOV, ANASTASÍA IVÁNOVNA, 1122, 1130, 1141, 1142, 1154, 1155
- BRODELSCHIKOV, MIJAÍL IVÁNOVICH, 1122, 1141, 1142, 1154
- BRONTË, CHARLOTTE [*Jane Eyre*], 130
- BUDA, 1091
- BUGÁIEV, BORÍS NIKOLÁIEVICH → BIELI, ANDRÉI
- BUNIN, IVÁN ALEXÉIEVICH, 367, 1030, 1084
- BÜRCEL, BRUNO [*Del obrero al astrónomo*], 952
- BYRON, LORD, 241, 555, 774, 778
- CAGLIOSTRO, CONDE ALESSANDRO DI, 562, 991, 993
- CANOVA, ANTONIO, 1071
- CARLYLE, THOMAS, 94
- CASANOVA, GIACOMO GIROLAMO, 465, 562, 871, 878, 882, 902, 950, 966
- CATALINA LA GRANDE, 568



- CAVALIERI, LINA, 187  
 CERVANTES, MIGUEL DE, 616, 618  
 CHAIKOVSKI, PIOTR ILICH [*Cascanueces*], 41, 89, 298, 548  
 CHÉJOV, ANTÓN PÁVLOVICH [*Tres hermanas; La gaviota; El jardín de los cerezos; La estepa*], 26, 309, 798, 817, 968, 973, 988, 1025  
 CHERNISHEVSKI, NIKOLÁI GAVRÍLOVICH, 367  
 CHESTERTON, GILBERT KEITH [*El hombre que fue jueves*], 505, 1003  
 CHÍRIKOV, YEVGUENI NIKOLÁIEVICH, 26, 263, 309  
 CHISTIakov [4 VOLS. DE CUENTOS: *Invierno, Primavera, Verano, Otoño*], 25, 653  
 CHOPIN, FRYDERYK FRANCISZEK, 41, 298, 320  
 CHULKOV, GUEORGUI [HERMANO DE ANNA IVÁNOVNA JODASÉVICH], 1156  
 CLOE, 788  
 COLÓN, CRISTÓBAL, 978, 1000  
 COOPER, JAMES, 1037  
 CORNEILLE, PIERRE [*Le Cid*], 240, 470  
 CRISTO [JESUCRISTO], 70, 79, 134, 135, 140, 676, 692, 867  
 CUVILLIER, MAIA [CASADA PRIMERAMENTE CON EL JOVEN PRÍNCIPE KUDÁSHEV (MAIA KUDÁSHEVA); MUJER DE ROMAIN ROLLAND (MARÍA PÁVLOVNA ROLLAND)], 638, 655, 750, 857  
 DAFNIS, 788  
 DANTE (ALIGHIERI) [*La divina comedia*], 87, 94, 246, 265, 592, 651, 685, 693, 775, 944, 1074  
 DAVID Y GOLIAT, 140  
 DE AMICIS, EDMONDO, 164, 250  
 DEMBOVETSKI [*Hilos y tejidos*], 793  
 DESBORDES-VALMORE, MARCELINE, 556  
 DESTRIPIADOR, JACK EL, 23  
 DIÁKONOVA, CÉCILE [HIJA DE ANTONINA PETROVNA; HERMANA DE GALIA Y DE LIDA], 936, 1091  
 DIÁKONOVA, LIDA [HERMANA PEQUEÑA DE GALIA DIÁKONOVA; CASADA CON ALEXANDR A. HEUROTH], 936

- DIÁKONOVA, YELENA IVÁNOVNA [GALIA; GALA ÉLUARD DALÍ; CASADA CON SALVADOR DALÍ Y EN SEGUNDAS NUPCIAS CON PAUL ÉLUARD], 377, 382, 663, 672, 677, 918, 921, 935, 952, 1090
- DIANA, 467
- DICKENS, CHARLES [*Los papeles póstumos del Club Pickwick*], 357, 362, 434, 617, 624, 663, 715, 833, 853, 873, 878, 930, 963, 1000, 1089
- DIONISO, 550
- DMÍTRIEVA, YELIZAVETA IVÁNOVNA, 551
- DOBROJÓTOVA, ALEXANDRA IVÁNOVNA, 178, 180, 182, 198, 199, 203, 205, 289, 306
- DOBROTVÓRSKAIA, YELENA ALEXÁNDROVNA [LIUDA], 353, 466, 762
- DORÉ, GUSTAVE, 94, 246, 592, 651
- DOSTOIEVSKI, FIÓDOR MIJAÍLOVICH [*El idiota; El jugador; Los hermanos Karamázov*], 477, 602, 617, 618-621, 668, 778, 832-834, 972, 978, 993, 1000, 1057
- DRAGONA, LA → TÁMBURER, LIDIA ALEXÁNDROVNA
- DREYFUS, ALFRED, 23, 24
- DUMAS, ALEJANDRO [*Joseph Balsamo; La dama de las camelias; Los tres mosqueteros*], 471, 562, 624
- DUMBADZE, 302, 303, 312
- DURNOVÓ-EFRÓN, YELIZAVETA PETROVNA [MADRE DE NIUTA, PIOTR, SERIOZHA, LILIA Y VERA EFRÓN], 588, 1112
- DÚROVA, NADEZHDA ANDRÉIEVNA, 1120, 1141
- DUSE, ELEONORA, 471
- DZHAVAJA, NINA, 726
- ECKERMANN, JOHANN PETER, 1174
- EFRÓN, ARIADNA SERGUÉIEVNA [ALIA; ALIOCHKA; ÁLIECHKA; HIJA DE MARINA TSVIETÁIEVA Y DE SERGUÉI YÁKOVLEVICH EFRÓN; SOBRINA DE ANASTASÍA TSVIETÁIEVA], 733, 738, 747, 748, 767-769, 809-814, 856, 862, 868, 870, 871, 889, 892-895, 902, 905, 910...
- EFRÓN, GUEORGUI SERGUÉIEVICH [MUR; MURLIKA; HIJO PEQUEÑO DE MARINA TSVIETÁIEVA Y DE SERIOZHA EFRÓN], 925, 1066, 1080-1082, 1085, 1086, 1095, 1096, 1112-1114, 1119, 1120, 1123,-1125, 1127, 1134, 1148, 1155, 1176, 1178-1180

- EFRÓN, IRINA SERGUÉIEVICH [IRÍNOCHKA; HIJA DE MARINA TSVIETÁIEVA Y DE SERGUÉI YÁKOVLEVICH EFRÓN], 861, 863, 869, 871, 890-895, 905, 921, 946, 1124
- EFRÓN, KÓTIK YÁKOVLEVICH [HERMANO MENOR DE SERIOZHA EFRÓN], 816, 1112, 1132
- EFRÓN, MARINA IVÁNOVNA [DE SOLTERA, MARINA IVÁNOVNA TSVIETÁIEVA; HERMANA DE ANASTASÍA; CASADA CON SERGUÉI YÁKOVLEVICH EFRÓN], en infinidad de páginas de estas *Memorias*.
- EFRÓN, PIOTR YÁKOVLEVICH [PETIA; HERMANO MAYOR DE SERIOZHA], 588, 806, 808, 814-817
- EFRÓN, SERGUÉI YÁKOVLEVICH [SERIOZHA; ESPOSO DE MARINA TSVIETÁIEVA Y PADRE DE ARIADNA, IRINA Y GUEORGUI; HERMANO DE LILIA, VERA, NIUTA Y PIOTR], 500, 583, 584, 587-589, 591, 593, 596, 598, 599, 608-613, 617, 618, 622, 647, 734, 771, 786, 1088, 1112, 1179 (entre muchas otras)
- EFRÓN, VERA YÁKOVLEVNA [HERMANA DE SERIOZHA, LILIA, NIUTA Y PIOTR], 582, 583, 588, 593, 596, 632, 638, 750, 817, 1112
- EFRÓN, YELIZAVETA YÁKOVLEVNA [LILIA; HERMANA DE SERIOZHA, VERA, NIUTA Y PIOTR; TÍA DE ARIADNA O ALIA, DE IRINA Y DE MUR, HIJOS DE MARINA TSVIETÁIEVA], 747, 1110, 1131, 1149
- EFROS, ABRAM MÁRKOVICH, 1093
- EHRENBURG, ILÍA GRIGÓRIEVICH, 950, 962, 1089, 1153
- ELIOT, GEORGE [MARY ANN EVANS], 127
- ELLIS, LEV LVÓVICH [LEV LVÓVICH KOBILINSKI], 94, 399, 400, 436-440, 446, 451, 467-469, 472, 473, 476, 477, 484-488, 490, 491, 495, 496, 510, 534, 619, 632, 647, 658-665, 780, 841, 914
- ELOÍSA, 476
- ÉLUARD, CÉCILE [HIJA DE PAUL ÉLUARD Y DE GALIA DIÁKONOVA], 936, 1091
- ÉLUARD, YELENA IVÁNOVNA → DIÁKONOVA, YELENA IVÁNOVNA
- ÉLUARD, PAUL [EUGÈNE GRINDEL; CASADO CON GALIA DIÁKONOVA], 382, 1089-1092
- EOLO, 545
- EURÍDICE, 723
- EURÍPIDES [*Fedra*], 1171

- FADÉIEV, ALEXANDR ALEXÁNDROVICH, 1105  
 FEDIN, KONSTANTÍN ALEXÁNDROVICH, 1127  
 FEINBERG, LENIA YEVGUÉNIEVICH [HERMANO DE SENIA FEINBERG], 579, 638, 850  
 FEINBERG, MAEL ISÁIEVNA, 1127, 1128  
 FEINBERG, SENIA (SAMUÍL) YEVGUÉNIEVICH [HERMANO DE LENIA FEINBERG], 638  
 FET, AFANASI AFANÁSIEVICH [*Luces vespertinas*], 598, 1025  
 FICHTE, JOHANN GOTTLIEB, 616  
 FIÓDOROVNA, YULIA, 965  
 FIORELLI, 1069, 1070  
 FLAUBERT, GUSTAVE, 845  
 FLORENSKI, PÁVEL, 824  
 FÓNSKAIA, SERAFIMA IVÁNOVNA, 1155, 1156  
 FONVIZIN, DENÍS IVÁNOVICH, 420, 621  
 FORSH, OLGA DMÍTRIEVNA [*Los contemporáneos; Vestidos con piedras*], 1024  
 FRANCE, ANATOLE [*Putois; La azucena roja*], 465, 660, 661, 1028  
 GAFÍSOV, 1138, 1141, 1142  
 GARIBALDI, GIUSEPPE, 157, 214, 314  
 GÉRARD, FRANÇOIS [*Eros y Psique*], 423  
 GILLERSTEIN, 1137  
 GIORGIONE (GIORGIO BARBARELLI DA CASTELFRANCO), 772  
 GLINKA, MIJAÍL IVÁNOVICH, 544, 801  
 GOETHE, JOHANN WOLFGANG VON, 82, 181, 373, 405, 471, 476, 556, 651, 1027, 1170  
 GÓGOL, NIKOLÁI VASÍLIEVICH [*Mírgorod; Tarás Bulba; Almas muertas; El inspector; Roma; Memorias de un loco*], 327, 410, 443, 477, 508, 617, 649, 662, 702, 715, 727, 741, 785, 797, 972, 978, 1000, 1004, 1027, 1055  
 GOLDMAN, 932, 963  
 GOLOVÍN, ALEXANDR YÁKOVLEVICH, 844, 848  
 GOLOVKÓ, VIACHESLAV MIJÁILOVICH, 1155  
 GOLÚBKINA, ANNA SEMIÓNNOVA, 1072  
 GONCHAROV, IVÁN ALEXÁNDROVICH, 618, 790  
 GONCOURT, EDMOND DE, 432, 433, 506  
 GORDON, NINA PÁVLOVNA, 1145

- GORKI, MAXIM [SEUDÓNIMO DE ALEXÉI MAXÍMOVICH PÉSHKOV; CASADO CON YEKATERINA PÁVLOVNA; *Infancia; Del daño de la filosofía; Mis universidades; Memorias; Apuntes de un diario; El caso de los Artamónov; Sobre las cucarachas; Los bajos fondos; Por el mundo; El tiempo de Korolenko; Cuarenta años o La vida de Klim Samguin; Foma Gordéiev; El nacimiento de un hombre; La madre*], 144, 310, 312, 313, 337, 360, 367, 655, 951, 968-989, 995-997, 999, 1007, 1010, 1013, 1015-1037, 1042-1053, 1055, 1059, 1061, 1107, 1119, 1183
- GRIBÁNOV, STANISLAV V. [S. VIKÉNTIEV], 1178, 1179
- GRIBOIÉDOV, ALEXANDR SERGUÉIEVICH, 16, 420
- GRIEG, EDVARD HAGERUP [*En la gruta del rey de la montaña; La marcha de los enanos*], 17, 41, 320, 385, 1056
- GRIMM, JACOB Y WILHELM, 251, 527
- GRIN, ALEXANDR [*Las velas rojas; La que surca las olas*], 799, 800
- GRINIOVA, MARÍA IVÁNOVNA → KUZNETSOVA-GRINIOVA, MARÍA IVÁNOVNA
- GUENERÓZOVA, VALIA [ZAREMBO DE CASADA], 1117
- GUERÁSIMOVNA, NINA → YÁKOVLEVA, NINA GUERÁSIMOVNA
- GUERTSIK, ADELAIDA KAZIMÍROVNA, 551, 552, 556-558, 824, 839, 841, 887
- GUERTSIK, YEVGUENIA KAZIMÍROVNA, 824, 887
- GUIPPIUS, ZINAÍDA, 1084
- HAASS, FRIEDRICH-JSEPH, 93
- HADES, 490
- HAUFF, WILHELM [*Lichtenstein*], 28, 91, 96, 247, 249, 263, 280, 593, 618
- HAUPTMANN, GERHART [*La campana sumergida*], 129, 969, 988
- HAYDN, FRANZ JOSEPH, 17, 41
- HÉCATE, 485
- HEINE, HEINRICH, 25, 242, 434, 506, 1126
- HERÁCLITO DE ÉFESO, 470, 485, 901, 909, 949, 976
- HÉRCULES, 1072
- HERSCHENSOHN, MIJAÍL ÓSIPOVICH, 907, 917, 954
- HITLER, ADOLF, 766
- HOFFMANN, ERNST THEODOR WILHELM [ERNST THEODOR AMADEUS; *Cascanueces; El niño extraño; La princesa Brambilla;*

- Los elixires del diablo*], 29, 90, 129, 133, 280, 505, 526, 532, 614, 862, 925, 931
- HOFMANN, JÓZEF KAZIMIERZ, 41
- HOLLIDAY, SOFIA YEVGUÉNIEVNA [SÓNIECHKA], 882, 1163
- HOMERO, 797, 840
- HUGO, VICTOR, 240, 405, 416, 471, 476
- HUME, DAVID, 616
- IBSEN, HENRIK, 135, 421, 968
- IGNÁTIEVNA → ZAKRÉVSKAIA, MARÍA IGNÁTIEVNA
- ÍGOR → SVIATOSLÁVICH, ÍGOR
- ILICH, DMITRI [CASADO CON ANTONINA PETROVNA], 936
- ILOVÁISKAIA, ALEXANDRA ALEXÁNDROVNA, 171, 196
- ILOVÁISKAIA, NADEZHDA ALEXÁNDROVNA [NADIA; PRIMERA MUJER DEL PADRE DE ANASTASÍA Y MARINA TSVIETÁIEVA], 174, 475, 700, 817
- ILOVÁISKAIA, VARVARA DMÍTRIEVNA, 40, 48, 659, 720
- ILOVAISKI, DMITRI IVÁNOVICH [SUEGRO DEL PADRE DE ANASTASÍA Y DE MARINA TSVIETÁIEVA POR SU PRIMER MATRIMONIO; ABUELO PATERNO DE ÉSTAS], 34, 48, 51, 67, 140, 150, 171, 268, 355, 377, 385, 386, 408, 417, 418, 469, 537, 702
- ISIS, 435
- IVÁN EL TERRIBLE, 851
- IVÁNOV, VIACHESLAV, 824
- IVANOVA, MARÍA VASÍLIEVNA, 124, 131, 377, 378
- IVÁNOVNA, ALEXANDRA → DOBROJÓTOVA, ALEXANDRA IVÁNOVNA
- IVÁNOVNA, ÁVGUSTA, 20, 46, 97
- IVÁNOVNA, MARÍA [MARUSIA], 858, 859, 864, 870, 889, 890, 911, 935, 937, 938, 940, 947, 948
- IVÁNOVNA, VALERIA, 193
- IZÁCHIK, ANNA IVÁNOVNA, 433, 475, 817
- JEAN PAUL [FRIEDRICH RICHTER], 405, 471
- JODASÉVICH, ANNA IVÁNOVNA [HERMANA DE GUEORGUI CHULKOV], 546, 1156
- JODASÉVICH, VLADISLAV, 977
- JOSÉ, 292

- JOSEFINA [PRIMERA ESPOSA DE NAPOLEÓN I BONAPARTE], 415, 422
- JOSUÉ, 140
- JOZIÁNOV, YÁKOV, 1179
- JRUSTACHOV, N. I., 793, 794, 863, 888,
- JUANA DE ARCO, 93
- KAFKA, FRANZ, 1150
- KAGAN, SOFIA ISAÁKOVNA (ISAÁKOVNA), 1121, 1139
- KAGAN, SONIA, 1133, 1137, 1141, 1143
- KAGAN, YUDA [HIJA DE SOFIA ISAÁKOVNA KAGAN], 1143
- KALÉTSKAIA, YEKATERINA NIKOLÁIEVNA [KATIA], 885, 889, 964, 965
- KAMKOVA, MARÍA IVÁNOVNA [HERMANASTRA DEL ABUELO DE ANASTASÍA TSVIETÁIEVA: LA MADRE DE ANASTASÍA ERA SOBRI-NA DE KAMKOVA], 821, 822, 826, 829-831, 852, 920
- KAN, GENGIS, 315
- KANDAÚROV, KONSTANTÍN [ESPOSO DE YULIA LEONÍDOVNA OBOLEŃSKAIA], 638, 798
- KANT, IMMANUEL, 616, 669, 1074
- KÁRLOVICH, ALEXANDR → ZAKRZEWSKI, OLÉS
- KÁRLOVNA, YELIZAVETA → MÜTTEL, YELIZAVETA KÁRLOVNA
- KAZIMÍROVNA, ADELAIDA → GUERTSIK, ADELAIDA
- KAZIMÍROVNA
- KELLERMAN, BERNHARD [*El túnel*], 1003
- KERENSKI, ALEXANDR FIÓDOROVICH, 1082
- KIRÍLOVNA, 114, 145, 1151, 1153
- KIRSÁNOV, SEMIÓN, 1173
- KOBILIANSKI, VLADISLAV ALEXÁNDROVICH [EL TIGRE; CASADO CON OLGA ÓSIPOVNA], 170-174, 179, 183, 185, 188, 190, 191, 194, 196, 203, 387, 423, 619, 896
- KOBILINSKI, LEV LVÓVICH → ELLIS, LEV LVÓVICH
- KOGAN, PIOTR SEMIÓNOVICH, 917, 934, 954
- KONIÓNKOV, SERGUÉI TIMOFÉIEVICH, 1071
- KOROLENKO, VLADÍMIR GALAKTIÓNOVICH, 388, 973, 987, 1143
- KRAVCHINSKI, STEPNIAK, 367
- KRÍMOV, 1156

- KRIVTSOVA, ALEXANDRA VLADÍMIROVNA [ESPOSA DE YEVGUENI LANN], 872
- KROPÓTKINA, 1134, 1135, 1140
- KUDÁSHEVA, MAIA, 655, 935, 937, 938, 941
- KUDRIÁVTSEV, 887
- KUPRÍN, ALEXANDR IVÁNOVICH, 367, 1046
- KUZNETSOVA-GRINIOVA, MARÍA IVÁNOVNA, 815, 817, 818, 1010, 1116, 1117, 1125, 1174
- KVÁNINA, TATIANA NIKOLÁIEVNA [TANIA; CASADA CON NIKOLÁI YÁKOVLEVICH MOSKVÍN], 1158, 1160, 1164-1167
- KWIATKOWSKI, LUDWIK, 586, 592, 638, 775
- LAGERLÖF, SELMA [*Gösta Berling*], 250, 476, 556, 665, 1028
- LÁMANOVA, NADEZHDA PETROVNA, 701
- LANN, YEVGUENI [CASADO CON ALEXANDRA VLADÍMIROVNA KRIVTSOVA], 869-876, 953
- LATRI, ARIADNA NIKOLÁIEVNA [ESPOSA DE MIJAÍL PELOPÍDOVICH LATRI], 771, 786
- LATRI, MIJAÍL PELOPÍDOVICH [ESPOSO DE ARIADNA NIKOLÁIEVNA], 773, 786
- LAUZUN [DUQUE DE; ANTOINE NOMPAR DE CAUMONT], 902, 950
- LÉBEDEV, 945, 946
- LECOUVREUR, ADRIENNE, 726
- LEON, PAN [MATVÉIEVICH, LEV], 834
- LEONARDO DA VINCI [*La Mona Lisa o La Gioconda*], 559, 619, 621, 622, 685, 693, 694, 1057, 1093
- LÉRMONTOV, MIJAÍL YÚRIEVICH [*El demonio*], 145, 431, 477, 492, 506, 566, 621, 651, 676, 853, 854, 972, 973, 1138
- LESKOV, NIKOLÁI SEMIÓNOVICH, 621, 1025
- LESSING, GOTTHOLD EPHRAIM, 434
- LINDER, MAX, 560
- LIPERÓVSKAIA, S. I., 367
- LISITSIN, 1129, 1149
- LISZT, FRANZ, 563, 566, 626, 795
- LOCKE, JOHN, 616
- LOMONÓSOV, 1027
- LORELEI, 25, 43
- LOZINA-LOZINSKI, ALEXÉI [*La soledad*], 1043



- LUIS XVI [REY DE FRANCIA], 25, 424  
 LURIÉ, NÓI GRIGÓRIEVICH, 1156  
 LUTERO, MARTIN, 527  
 LVÓVICH, ABRAM → TSIPKIN, ABRAM LVÓVICH  
 LVÓVICH, MOISÉS → TSIPKIN, MOISÉS LVÓVICH  
 MAIAKOVSKI, VLADÍMIR VLADÍMIROVICH, 629, 967, 1084, 1091,  
 1148, 1157, 1163  
 MAKOVSKI, 474  
 MALICKA, XENIA MIJÁILOVNA, 700  
 MANDELSTAM, ALEXANDR EMÍLIEVICH [HERMANO DE ÓSIP  
 MANDELSTAM], 838, 839, 841, 842, 844, 845, 847-849  
 MANDELSTAM, ÓSIP EMÍLIEVICH [HERMANO DE ALEXANDR  
 MANDELSTAM; *La piedra*], 838-849, 858, 860, 901, 911  
 MARFA MAXÍMOVNA → PÉSHKOVA, MARFA MAXÍMOVNA  
 MARÍA LUISA [SEGUNDA ESPOSA DE NAPOLEÓN I; MADRE DE  
 NAPOLEÓN II], 415  
 MARUSIA → IVÁNOVNA, MARÍA  
 MARX, KARL, 1176  
 MASSET [Elegía], 659  
 MATHIEU DE NOAILLES [CONDESA; ANNA DE NOAILLES], 549,  
 556  
 MATUSALÉN, 140  
 MATVÉIEVICH, LEV → LEON, PAN  
 MAUPASSANT, GUY DE [*Historia de una vida*], 511, 742, 781  
 MAX [MAXIK] → VOLOSHIN, MAXIMILIÁN ALEXÁNDROVICH  
 MAVRIKI → MINTS, MAVRIKI ALEXÁNDROVICH  
 MAXIM [MAX; HIJO DE MAXIM GORKI] → PÉSHKOV, MAXIM  
 ALEXÉIEVICH  
 MAXÍMOVICH, ALEXÉI → GORKI, MAXIM  
 MAYNE-REID, 1037  
 MEDUSA, 434  
 MEIN, ALEXANDR DANÍLOVICH [ABUELO MATERNO DE  
 ANASTASÍA Y DE MARINA TSVIETÁIEVA; PADRE DE MARÍA  
 ALEXÁNDROVNA MEIN, DE CASADA, MARÍA TSVIETÁIEVA; CA-  
 SADO CON LA TÍA], 14 ... 208, 289, 326, 340, 345, 348, 370, 374,  
 391, 410, 411, 426, 453, 461, 462, 499, 504, 544, 555, 713, 764,  
 822, 870, 933, 1089

- MEIN, MARÍA ALEXÁNDROVNA [MANIA; MAMÁ; HIJA DE ALEXANDR DANÍLOVICH MEIN; SEGUNDA MUJER DEL PADRE DE ANASTASÍA; MADRE DE ANASTASÍA Y DE MARINA; DE CASADA, MARÍA ALEXÁNDROVNA TSVIETÁIEVA], 13 ... 376, 391, 392, 410, 462, 700, 763...
- MÉNZBIR, 624
- MEREZHKOVSKI, DMITRI SERGUÉIEVICH, 1084
- MESALINA, 601
- MICKIEWICZ, ADAM, 992
- MIGUEL ÁNGEL (MICHELANGELO BUONARROTI), 157, 1057
- MIJAÍLOVICH, BORÍS → ZUBAKIN, BORÍS MIJAÍLOVICH
- MILIOTI, VASILI, 981, 1087
- MILL, JOHN STUART, 616
- MILLER, VOLODIA, 312
- MILTON, JOHN [*El paraíso perdido*], 651
- MINDLIN, EMIL, 911, 937, 955
- MINTS, ALEXÉI MAVRÍKIEVICH [ALIOSHA; HIJO DE ANASTASÍA TSVIETÁIEVA Y DE MAVRIKI ALEXÁNDROVICH MINTS; OFICIALMENTE, COMO ANASTASÍA NO HABÍA OBTENIDO EL DIVORCIO DE BORÍS SERGUÉIEVICH TRUJACHOV, SE LLAMARÍA ALEXÉI BORÍSOVICH TRUJACHOV], 856, 857, 859, 860, 862, 863-867, 892, 946, 987
- MINTS, MAVRIKI ALEXÁNDROVICH [SEGUNDO MARIDO, POR UNIÓN CIVIL, DE ANASTASÍA TSVIETÁIEVA], 834, 836, 842, 844, 846, 851, 852, 854-863, 867, 870, 884, 892, 901, 904, 944, 946, 950
- MITIA [DMITRI VLADÍMIROVICH TSVIETÁIEV; TÍO MITIA; HERMANO MENOR DEL PADRE DE ANASTASÍA TSVIETÁIEVA; CASADO CON YELIZAVETA YEVGRÁFOVNA], 153, 293, 355, 365, 389, 430, 537, 672, 701
- MOLCHÁNOV, 855
- MOLIÈRE (JEAN-BAPTISTE POQUELIN), 470
- MORÓZOVA, FEODOSIA PROKÓFIEVNA, 1141
- MOSKVIN, NIKOLÁI YÁKOVLEVICH [CASADO CON TATIANA NIKOLÁIEVNA KVÁNINA], 1158, 1161-1168
- MOZART, WOLFGANG AMADEUS, 17, 41, 320, 1056
- MUR → EFRÓN, GUEORGUI SERGUÉIEVICH
- MURZO, NINA, 533, 554, 566, 642, 697, 935, 963

- MÜTTEL, YELIZAVETA KÁRLOVNA, 361, 362, 365, 370, 373, 374, 377
- NACHMAN, MAGDA, 870
- NADSON, SEMIÓN YA., 856
- NAPOLEÓN I → BONAPARTE
- NAPOLEÓN II [EL AGUILUCHO; EL REY DE ROMA; HIJO DE NAPOLEÓN I Y DE LA EMPERATRIZ MARÍA LUISA], 414, 415, 438, 439, 471, 502, 504, 624, 899, 1126
- NECHÁIEV-MÁLTSEV, YURI STEPÁNOVICH [YU. S. NECHÁIEV-MÁLTSEV], 38, 273, 282, 479, 702, 707, 763
- NEKRÁSOV, NIKOLÁI ALEKSÉYEVICH, 145, 301, 366, 449, 477, 506
- NÉMESIS, 485
- NEPTUNO, 571
- NERVAL, GÉRARD DE, 776
- NEUHAUS, HEINRICH G., 1169
- NIELSEN, ASTA, 560
- NIETZSCHE, FRIEDRICH, 972, 1005
- NIKOLÁIEVICH, NIKOLÁI [GRAN PRÍNCIPE; TÍO DEL ZAR DE RUSIA], 859
- NIKOLÁIEVNA, YEVGUENIA → VIAZMITÍNOVA, YEVGUENIA NIKOLÁIEVNA
- NÍKONOVA, NINA VASÍLIEVNA, 303, 311
- NILÉNDER, VLADÍMIR OTTÓNOVICH, 470, 472, 483, 485-490, 492, 507, 510, 534, 546, 632, 644, 658, 660, 661, 679, 816, 820, 917, 922, 927-929, 1117
- NOAILLES, ANNA → MATHIEU DE NOAILLES
- NOÉ, 97, 140
- NÓIEVICH, NOI, 951, 965
- OBOLÉNSKAIA, YULIA LEONÍDOVNA [ALADINO; ESPOSA DE KONSTANTÍN KANDAÚROV], 635, 638, 797, 798
- ÓSIPOVNA, OLGA [CASADA CON VLADISLAV ALEXÁNDROVICH KOBILIANSKI, EL TIGRE; TIENE CON ÉL UN HIJO, KÁZIK], 194, 897
- OSIRIS, 435
- PABLO I, 880
- PAGANINI, NICCOLÒ, 519, 679, 680, 682, 820, 930, 934, 953, 992
- PAN, 547, 769, 782

- PARCA, 684  
 PARNOK, LIZA, 840-844, 847, 8548  
 PARNOK, SONIA, 840, 901  
 PASTERNAK, BORÍS LEONÍDOVICH [*La infancia de Liuvers*], 474, 911, 980, 982, 1003, 1008, 1024, 1066, 1099, 1104, 1125, 1148, 1163, 1186  
 PATTI, ADELINA, 912  
 PAUSTOVSKI, KONSTANTÍN, 1153  
 PÁVLOVNA, YEKATERINA → PÉSHKOVA, YEKATERINA PÁVLOVNA  
 PAVLUSHKOV, VOLODIA A. [SEGUNDO MARIDO DE LA DRAGONA], 818, 837, 915  
 PEDRO I [EL GRANDE; ZAR DE RUSIA], 19, 434, 701, 704, 1099  
 PEGASO, 631  
 PERICLES, 93, 766  
 PERRAULT, CHARLES, 243  
 PÉSHKOV, ALEXÉI MÁXÍMOVICH → GORKI, MAXIM  
 PÉSHKOV, MAXIM ALEXÉIEVICH [MAX; MAXIK; HIJO DE MAXIM GORKI Y DE YEKATERINA PÁVLOVNA; CASADO CON NADEZHDA ALEXÉIEVNA], 310, 312, 313, 321, 327, 337, 1022, 1029, 1034, 1036, 1042, 1048, 1049, 1062, 1063, 1065, 1080, 1098, 1100, 1101  
 PÉSHKOV, ZINOVY [HIJO ADOPTIVO DE MAXIM GORKI], 1031  
 PÉSHKOVA, KATIA ALEXÉIEVNA [KATIUSHA; HIJA DE MAXIM GORKI Y DE YEKATERINA PÁVLOVNA], 312, 313, 321, 327, 337, 989, 1019, 1085  
 PÉSHKOVA, MARFA MÁXÍMOVNA [MÁRFENKA; HIJA DE MAXIM ALEXÉIEVICH Y DE NADEZHDA ALEXÉIEVNA; NIETA DE MAXIM GORKI], 1029, 1030, 1032, 1046, 1060, 1062, 1077, 1096  
 PÉSHKOVA, NADEZHDA ALEXÉIEVNA [TIMOSHA; MUJER DE MAXIM ALEXÉIEVICH, HIJO NATURAL DE MAXIM GORKI], 1029, 1036, 1050, 1096, 1100, 1102, 1120  
 PÉSHKOVA, YELIZAVETA [LIZA; HIJA DE ZINOVY PÉSHKOV, HIJO ADOPTIVO DE MAXIM GORKI], 1031  
 PÉSHKOVA, YEKATERINA PÁVLOVNA [MUJER DE MAXIM GORKI], 311-313, 327, 337, 396, 1004-1006, 1019, 1098, 1100, 1101  
 PETROV, STEPÁN GAVRÍLOVICH [SKITÁLETS], 968  
 PETROVA, ALEXANDRA MIJÁILOVNA, 783

- PETROVNA, ANTONINA [MADRE DE GALIA, CÉCILE Y LIDA DIÁKONOVA; CASADA CON DMITRI ILICH], 936, 943
- PETROVNA, YELIZAVETA → DURNOVÓ-EFRÓN, YELIZAVETA PETROVNA
- PÍSAREV, 506
- PÍSEMSKI, 621
- PLATÓN, 445, 511
- PLINIO, 1069
- POE, EDGAR ALLAN [*El cuervo*], 383, 944, 972
- POLÉNOV, VASILI DMÍTRIEVICH [*El jardín de la abuela*], 38, 77, 134, 370, 462, 463
- POLEZHÁIEV, A., 607
- PORTUGÁLOV, 1178
- POSSART, ERNST VON, 265-267, 335, 336
- POTIOMKIN, 305, 318
- PRA [PRAMÁTER; MADRE DE MAX VOLOSHIN], 575-577, 581, 584, 585, 593, 599-605, 795, 798, 849, 863, 889, 913
- PRÉVOST, ABATE [*Manon Lescaut*], 562
- PRIGOZHI, YÁKOV FIÓDOROVICH, 1031
- PROUST, MARCEL [*En busca del tiempo perdido*], 1003
- PSIQUE, 423, 655, 722, 874, 928, 1170, 1171
- PUSHKIN, ALEXANDR S. [*Eugenio Oneguín; La hija del capitán; El banquete en tiempos de la peste*], 23, 29, 30, 31, 36, 67, 124, 141, 145, 156, 301, 388, 444, 477, 506, 508, 553, 568, 569, 577, 624, 630, 651, 685, 704, 711, 726, 728, 741, 774, 784, 797, 804, 847, 953, 1024, 1027, 1028, 1075, 1185, 1186
- RACINE, JEAN [*Fedra*], 240, 1171
- RADÍMOVA, TATIANA, 1121
- RAFAEL (RAFFAELLO SANZIO), 70, 485, 1057
- RAKITSKI, IVÁN NIKOLÁIEVICH [EL RUISEÑOR], 1032, 1033, 1080, 1099, 1101
- RASPUTIN, GRIGORI YEFÍMOVICH, 704, 857, 860
- REICHSTADT, DUQUE VON, 415, 416, 475, 554, 870
- REMARQUE, ERICH MARIA [*Sin novedad en el frente*], 850
- REMBRANDT, 612, 1068
- RÉMIZOV, 1157
- RENAN, ERNST [*Vida de Jesús*], 134, 139

- REYES MAGOS, 140  
 RICHTER, FRIEDRICH → JEAN PAUL  
 RILÉIEV, 949  
 RODENBACH, GEORGES RAYMOND CONSTANTIN [*Le Carillonneur*], 431, 619, 972  
 RODIN, AUGUSTE [*El pensador; Los burgueses de Calais*], 1071  
 RODZÉVICH, KONSTANTÍN BOLESLÁVOVICH, 1088  
 ROLLAND, ROMAIN, 655, 806  
 ROMÁNOV [DINASTÍA], 698, 703  
 ROMÁNOV, NIKOLÁI ILÍCH, 56, 430  
 ROSTAND, EDMOND [*Cyrano de Bergerac; El Aguilucho*], 414, 415, 439, 453, 624  
 ROUSSEAU, JEAN-JACQUES, 666  
 ROZÁNOV, SERGUÉI GRIGÓRIEVICH, 962  
 RÓZANOV, VASILI VASÍLIEVICH [*Solitario; Hojas caídas*], 780, 781, 826, 831, 833, 834, 859, 862, 972, 973, 987  
 ROZÁNOVA, ASIA, 300, 327  
 RUBINSTEIN, NIKOLÁI GRIGÓRIEVICH, 39  
 RUISEÑOR → RAKITSKI, IVÁN NIKOLÁIEVICH  
 RUSKIN, JOHN, 94  
 SABÁSHNIKOVA, MARGARITA VASÍLIEVNA [MARGÓ; ESPOSA DE MAXIMILIÁN ALEXÁNDROVICH VOLOSHIN], 584, 778  
 SACCO Y VANZETTI, 1023  
 SADOVSKÓI, BORÍS ALEXÁNDROVICH, 1025  
 SAKÓNSKAIA, NINA [MADRE DE ALEXANDR A. SOKOLOVSKI], 1143  
 SALIAS DE TOURNEMIR, YEVGUENI ANDRÉYEVICH, CONDE, 621  
 SARÁDZHEV, KONSTANTÍN KONSTANÍNOVICH, 993  
 SARTRE, JEAN-PAUL, 1150  
 SATS, NATALIA ILÍNICHNA, 962  
 SAVONAROLA, GIROLAMO, 991  
 SCHELLING, FRIEDRICH, 616  
 SCHILLER, FRIEDRICH [*Guillermo Tell*], 93, 263, 405, 651  
 SCHMIDT, 305, 318, 319, 475, 746, 817, 877  
 SCHMIT, ANNA NIKOLÁIEVNA, 1026  
 SCHOPENHAUER, ARTHUR, 616, 618  
 SCHUBERT, FRANZ, 41, 320, 544, 1169, 1170

Índice onomástico

- SCHUMANN, ROBERT, 17, 41, 320  
SCHWARZ, ALEXANDR NIKOLÁIEVICH, 428-430, 479, 480, 495,  
512, 517, 536, 559, 700  
SÉCHENOV, 624  
SEMIÓNOVICH, PIOTR → KOGAN, PIOTR SEMIÓNOVICH  
SERAFÍMOVICH, ALEKSANDR, 309  
SEVERIANIN, ÍGOR, 572, 573, 577, 580, 582, 583  
SHAKESPEARE, WILLIAM [*Hamlet; Romeo y Julieta*], 783, 933,  
990, 992, 1149  
SHALIAPIN, FIÓDOR IVÁNOVICH, 969  
SHAW, BERNARD, 1028  
SHEREZADE, 228, 569, 594  
SERGUÉIV-TSENSKI, SERGUÉI NIKOLÁIEVICH, 1024  
SHESTOV, LEV ISAÁKOVICH, 824, 825  
SHEVLIAGUIN, SERGUÉI IASÓNOVICH [CASADO CON VALERIA  
IVÁNOVNA TSVIETÁIEVA], 918  
SHIRKÉVICH, ZINAÍDA MITROFÁNOVNA, 1110, 1149  
SIBOR, BORÍS ÓSIPOVICH, 801, 804  
SÍDOROV, ALEXÉI ALEXÉIEVICH, 700  
SIGNORELLI, 1072  
SIKORSKI, VADIM, 1122, 1139, 1140, 1143  
SILBERFUND, HILDESHEIMER, 976  
SISÓIEVA, 66, 250  
SLEPTSOV, VASILI ALEXÉIEVICH, 1026  
SMIRNOVA, VERA VASÍLIEVNA, 1130  
SMOLIN, DMITRI [*La marcha triunfal*], 849-851  
SÓCRATES, 25  
SOKOLOV, SERIOZHA, 884, 949, 954, 955  
SOKOLOVSKI, ALEXANDR A. [HIJO DE NINA SAKÓNSKAIA], 1143  
SOLOVIOV, SERGUÉI MIJÁILOVICH [SERIOZHA; SOBRINO DE  
VLADÍMIR Y DE VSÉVOLOD SOLOVIOV; NIETO DE SERGUÉI  
SOLOVIOV; CASADO CON TANIA TURGUÉNEVA], 438, 457, 458,  
472, 917, 922, 927  
SOLOVIOV, VLADÍMIR OTTÓNOVICH, 438, 924, 928, 929, 1001,  
1025  
SOLOVIOV, VSÉVOLOD [*Los Gorbátov*], 566

- SONIA [AMA DE CRÍA Y NIÑERA DE ANDRIUSHA, HIJO DE ANASTASÍA TSVIETÁIEVA], 743-747, 752, 756, 757, 761
- SPENGLER, OLEG ALEXÁNDROVICH, 964
- SPIRIDÓNOVA, MARÍA, 319
- STEINER, RUDOLF [EL DOCTOR; EL GRAN INICIADO], 399, 658, 664, 665
- STENDHAL (HENRI BEYLE), 1028
- STORE, THEODOR, 843
- STRAUSS, JOHANN, 144, 499, 504
- STRÉLSKAIA, VARVARA, 1056
- SURKOV, ALEXÉI, 1177
- SVIATOSLÁVICH, ÍGOR [PRÍNCIPE DE NÓVGOROD-SEVERSKI], 722, 774
- TÁGUER, YELENA YEFÍMOVNA [LIUSIA; CASADA CON YEVGUENI BORÍSOVICH TÁGUER], 1170, 1173-1175
- TÁGUER, YEVGUENI BORÍSOVICH [CASADO CON YELENA YEFÍMOVNA TÁGUER], 1173-1175
- TÁMBURER, LIDIA ALEXÁNDROVNA [LA DRAGONA; CASADA EN SEGUNDAS NUPCIAS CON VOLODIA PAVLUSHKOV], 396-399, 426, 451, 536, 558, 640, 701, 818, 837, 900, 913-915, 963, 1117
- TASSO, TORCUATO, 651
- TELESHOV, 26, 263, 309
- TEOGNIS, 490
- TESEO, 747
- TESKOVÁ, ANNA, 1148
- TEY-AY, 550, 581, 584-586, 773, 797
- TÍA, LA [LA TIO; LA TANTE; CASADA CON EL ABUELO MATERNO DE ANASTASÍA, ALEXANDR DANÍLOVICH MEIN], 36 ... 148, 182 ... 227, 274 ... 289, 321 ... 370, 409-411, 453, 461, 498 ... 510, 713 ... 735, 764
- TIBERIO, 1046
- TIEPOLO, GIAMBATTISTA, 772
- TIMOSHA → PÉSHKOVA, NADEZHDA ALEXÉIEVNA
- TIO, LA → TÍA, LA
- TOLIA → VINOGRÁDOV, ANATOLI KORNÉLIEVICH
- TOLSTÓI, ALEXÉI KONSTANTÍNOVICH, 6218, 972
- TOLSTÓI, ALEXÉI NIKOLÁIEVICH, 638



- TOLSTÓI, LEV NIKOLÁIEVICH [Yásnaia Poliana; *Guerra y paz*; *Anna Karénina*], 129, 537-543, 554, 581, 618, 620, 638, 734, 735, 968-973, 979, 986, 988, 989, 991, 1001, 1026, 1028, 1033, 1042, 1057, 1061
- TOLSTÓI, SERGUÉI LVÓVICH [HIJO MAYOR DE LEV NIKOLÁIEVICH TOLSTÓI], 734, 735
- TOMASZEWSKI, KAZIMIR ANTÓNOVICH, 949, 956
- TRUJACHOV, ANDRÉI BORÍSOVICH [ANDRIUSHA; ANDRIUSHKA; HIJO DE ANASTASÍA TSVIETÁIEVA Y DE BORÍS SERGUÉIEVICH TRUJACHOV], 728 ... 784, 809 ... 1015, 1066, 1078, 1080
- TRUJACHOV, BORÍS SERGUÉIEVICH [B. S. T.; BORIA; BORIUSHKA; BORISHKA; PRIMER ESPOSO DE ANASTASÍA TSVIETÁIEVA], 568 ... 628, 730 ... 901, 921, 937, 947, 948, 950, 953, 958, 961
- TRUJACHOV, NIKOLÁI SERGUÉIEVICH [KOLIA; SEGUNDO HERMANO DE BORÍS SERGUÉIEVICH], 696, 697, 751, 752, 755, 757, 758
- TRUJACHOV, SERGUÉI NIKOLÁIEVICH [SUEGRO DE ANASTASÍA TSVIETÁIEVA], 744, 745, 748, 752
- TRUJACHOV, SERGUÉI SERGUÉIEVICH [SERIOZHA; HERMANO MAYOR DE BORÍS SERGUÉIEVICH], 753, 754, 756
- TRUJACHOVA, ANASTASÍA IVÁNOVNA [NOMBRE DE CASADA DE ANASTASÍA TSVIETÁIEVA]
- TRUJACHOVA, IRINA YEVGUÉNIEVNA [DE SOLTERA, IRINA YEVGUÉNIEVNA KLEMÉNTIEVA; SUEGRA DE ANASTASÍA TSVIETÁIEVA], 742, 749-754, 837, 947, 948
- TRUJACHOVA, MARÍA SERGUÉIEVNA [MARUSIA; MARÚSIENKA; HERMANA DE BORÍS SERGUÉIEVICH TRUJACHOV], 635-639, 641, 642, 697, 740, 741, 748, 749, 751-753, 758, 937, 941, 947, 948, 1011, 1016
- TRUPCHÁNSKAIA, ANNA YÁKOVLEVNA [NIUTA; HERMANA MAYOR DE SERIOZHA EFRÓN], 588, 862
- TSIPKIN, ABRAM LVÓVICH [HERMANO DE MOISÉS TSIPKIN], 950, 952, 966
- TSIPKIN, MOISÉS LVÓVICH [HERMANO DE ABRAM LVÓVICH], 966
- TSVETKOVA, Z. M., 1152
- TSVIETÁIEV, ANDRÉI IVÁNOVICH [ANDRIUSHA; HERMANASTRO DE ANASTASÍA Y DE MARINA; HIJO DEL PRIMER MATRIMONIO DEL PADRE; SU PAREJA: Z. N.], 14, 16, 17, 19, 26, 28, 33, 47, 48,

51-53, 57, 61, 64, 68, 70, 71, 74, 75, 81, 85, 88-91, 98, 100, 105, 107, 109, 110, 118, 129, 133, 135, 139, 141, 146, 150, 153, 154, 168, 231, 274, 293, 294, 304, 305, 332-334, 336, 337, 341, 342, 345, 348-350, 352, 354, 361, 363, 380, 393, 403, 405, 418, 428, 438, 446, 478, 510, 525, 533, 536, 553, 562, 610, 627, 639, 640, 642, 659, 662, 695-697, 706, 711, 712, 724, 728, 756, 757, 759, 761, 900, 904, 910, 919-921, 949, 963, 965

Tsvietáiev, Dmitri Vladímirovich → MITIA

Tsvietáiev, Iván Vladímirovich [PAPÁ; PADRE DE LIORA, ANDRÉI, MARINA Y ANASTASÍA], 38 ... 85, 107, 112 ... 166, 184 ... 196, 214, 219, 227, 231, 239, 243-245, 247-249, 253, 254, 262, 263, 267, 270, 271, 273, 274, 277, 278, 281-290, 293, 298, 304, 305, 316, 325, 328 ... 396, 401-403, 405, 406, 411-414, 418, 419, 421, 425 ... 446, 453, 454, 456, 460, 465, 467, 468, 472 ... 780, 805, 814, 818, 826, 870, 897, 922, 923, 932, 969, 973, 976

Tsvietáiev, Vladímír [ABUELO PATERNO DE ANASTASÍA; PÁRROCO; TUVO CUATRO HIJOS: PIOTR, FIÓDOR, IVÁN (PADRE DE LIORA, ANDRÉI, MARINA Y ANASTASÍA) Y DMITRI (TÍO MITIA)], 36, 37, 695

Tsvietáieva, Anastasía Ivánovna [ASIA; ÁSIENKA; NÁSTIENKA; NÁSTASKA; AUTORA DE ESTAS *Memorias*; HERMANA DE MARINA Tsvietáieva; CASADA POR PRIMERA VEZ CON BORÍS SERGUÉIEVICH TRUJACHOV, EN SEGUNDAS NUPCIAS CON MAVRIKI ALEXÁNDROVICH MINTS. *Humo, humo y humo; Reflexiones regias; El museo*]

Tsvietáieva, María Alexándrovna → MEIN, MARÍA ALEXÁNDROVNA

Tsvietáieva, Marina Ivánovna [MUSIA; MARUSIA; MARÚSIENKA; MARÍNOCHKA; ESCRITORA; HERMANA DE LA AUTORA DE ESTAS *MEMORIAS*; DE CASADA, MARINA IVÁNOVNA EFRÓN]

Tsvietáieva, Valeria Ivánovna [LIORA, HERMANA MAYOR DE ANASTASÍA; HIJA DEL PRIMER MATRIMONIO DEL PADRE; CASADA CON SERGUÉI IASÓNOVICH SHEVLIAGUIN], 19, 28, 34, 48, 61-68, 70, 71, 74-76, 81, 85, 110, 112, 116, 123, 124, 129, 133, 138, 143, 149, 150, 154, 155, 158, 159, 164, 165, 172, 175-177, 180, 186, 189, 193, 205, 214, 232, 274, 276, 292, 293, 304, 305, 319, 320,

- 333-335, 337, 342, 343, 345, 347-354, 359, 360, 363, 365, 368,  
369, 372, 375, 376, 379, 380, 386, 390, 411, 418, 426, 431, 434,  
446, 450, 469, 476, 478, 494, 536, 538, 539, 618, 627, 647, 651,  
659, 701, 707, 711-713, 728, 756, 759, 761-762, 900, 909, 918,  
920, 963, 997, 1108-1110, 1120, 1151, 1154
- TURGUÉNEV, IVÁN SERGUÉIEVICH [*Nido de nobles; Memorias de un cazador*], 39, 116, 367, 412, 426, 455, 618, 620, 917, 927, 1001
- TURGUÉNEVA, TANIA [EXMUJER DE SERGUÉI MIJÁILOVICH SOLOVIOV; HERMANA DE ASIA TURGUÉNEVA], 533, 535, 554, 832, 917
- TURGUÉNEVA, ASIA [HERMANA DE TANIA TURGUÉNEVA], 534, 535
- TWAIN, MARK [*Las aventuras de Tom Sawyer; Las aventuras de Huckleberry Finn*], 170, 514
- UHLAND, 434
- VALÉRY, PAUL, 1150
- VARAVKA, LIDIA, 1099
- VASÍLIEVNA, MARGARITA → SABÁSHNIKOVA, MARGARITA  
VASÍLIEVNA
- VASÍLIEVNA, MARÍA → IVANOVA, MARÍA VASÍLIEVNA
- VAZHA-PSHAVELA, 1149, 1174
- VÉBER, VERA, 290-293, 295, 299
- VENUS, 779
- VERBÍTSKAIA, ANASTASÍA ALEXÉIEVNA [*Historia de una vida*], 1082
- VERDI, GIUSEPPE, 41
- VERESÁIEV, VIKENTI VIKÉNTIEVICH [*Apuntes de un médico*], 794, 798, 917, 949, 954
- VERROCCHIO, ANDREA DEL, 1071
- VESELOVSKI, ALEXÉI NIKOLÁIEVICH, 531
- VIAZMITÍNOVA, YEVGUENIA NIKOLÁIEVNA, 424, 425, 447, 449-451, 455, 462, 464, 466
- VINOGRÁDOV, ANATOLI KORNÉLIEVICH [TOLIA; HERMANO DE NINA VINOGRÁDOV], 145, 393, 395, 438, 469, 472, 484, 632, 635, 642, 818, 855, 917, 922-929, 932, 934
- VINOGRÁDOV, NINA KORNÉLIEVICH [HERMANA DE TOLIA VINOGRÁDOV], 394

- VINOGRÁDOV, VÍKTOR V., 820  
 VINOGRÁDOVA, NADEZHDA NIKOLÁIEVNA [MADRE DE NINA Y TOLIA VINOGRÁDOV], 635  
 VIRGILIO, 586, 608, 775  
 VOLKONSKI [*Patria*], 869, 882, 901, 902, 904, 916  
 VOLOSHIN, MAXIMILIÁN ALEXÁNDROVICH [MAX], 543, 545-553, 556, 558, 567 ... 610, 617, 638, 743, 750, 769 ... 800, 806, 841, 863, 879, 889, 912, 1089, 1183  
 VRÚBEL, MIJAÍL ALEXÁNDROVICH, 547, 776  
 WAGNER, RICHARD, 24, 626  
 WARNER, SUSAN, 129  
 WATTEAU, JEAN-ANTOINE, 651  
 WEININGER, OTTO [*Sexo y carácter*], 624  
 WILDE, OSCAR [*El retrato de Dorian Gray; La balada de la cárcel de Reading*], 696, 743, 1028  
 WITTE, SERGUÉI YÚLIEVICH, 702  
 WOLF, 233, 416, 478, 1151  
 WRIGHT, HERMANOS (WILBUR Y ORVILLE), 559  
 YÁKOVLEV, ALEXÉI IVÁNOVICH [HIJO DE IVÁN YÁKOVLEVICH YÁKOVLEV], 56, 430, 700, 963  
 YÁKOVLEV, IVÁN YÁKOVLEVICH [PADRE DE ALEXÉI IVÁNOVICH YÁKOVLEV], 57, 430  
 YÁKOVLEVA, NINA GUERÁSIMOVNA, 1127, 1149, 1151  
 YÁKOVLEVICH, VALERI → BRIÚSOV, VALERI YÁKOVLEVICH  
 YAROSLAVNA, 722, 774, 961  
 YEFÍMOVNA, YELENA → TÁGUER, YELENA YEFÍMOVNA  
 YESENIN, SERGUÉI ALEXÁNDROVICH, 911  
 YEVGRÁFOVNA, YELIZAVETA [ESPOSA DEL TÍO MITIA], 701  
 YEVGUÉNIEVNA, IRINA → TRUJACHOVA, IRINA YEVGUÉNIEVNA  
 YÚDINA, MARÍA BENIAMÍNOVNA, 1169  
 YURKÉVICH, PETIA [HERMANO DE SONIA Y SERIOZHA], 642, 818, 819  
 YURKÉVICH, SERIOZHA [HERMANO DE SONIA Y PETIA], 393, 395, 632, 642, 818, 819, 837  
 YURKÉVICH, SONIA [HERMANA DE SERIOZHA Y PETIA], 395, 406, 407, 632, 642, 819  
 YUSHKÉVICH, SEMIÓN [*Relatos de infancia*], 311

Índice onomástico

- Z. N. [PAREJA DE ANDRÉI, HERMANASTRO DE ANASTASÍA TSVIETÁIEVA], 919  
ZAJARIN, 147  
ZAKRÉVSKAIA, MARÍA IGNÁTIEVNA, 1098, 1099, 1101  
ZAKRZEWSKI, OLÉS [ALEXANDR ZAKRZEWSKI; ALEXANDR KÁRLOVICH], 852-855  
ZANKÓVSKAIA, SHURA, 959, 963  
ZAVADSKI, YURI, 880, 896  
ZEUS, 73, 445, 467, 485, 512, 547, 540, 570-572, 597, 770  
ZHUKÓVSKAIA, LIUBA, 887  
ZHUKOVSKI, DMITRI YEVGUÉNIEVICH, 556  
ZHUKOVSKI, P. V., 38  
ZHUKOVSKI, VASILI [*Ondina*], 43, 45, 47, 80, 82, 106, 128, 134, 216, 242, 359, 995  
ZOGRAF-PLÁXINA, VALENTINA YÚRIEVNA, 17, 949  
ZOLA, ÉMILE [*El sueño*], 505, 845  
ZUBAKIN, BORÍS MIJAÍLOVICH [B. M.], 978, 982-984, 987, 991-993, 997, 1006, 1007, 1009, 1010, 1012, 1014, 1017, 1025, 1026, 1029, 1035, 1037-1039, 1045, 1054, 1062, 1106, 1107  
ZVENIGORÓDSKAIA, YEVGUENIA MAXIMILIÁNOVNA, 915, 916  
ZVIÁGUINTSEVA, VERA KLÁVDIEVNA [VÉROCHKA], 892, 893, 911